

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de suscripción

HSPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
 EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año X.—Martes, 15 Abril 1902.—N.º 184

Advertencias

No se admite suscripción por menos de un semestre.
 El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



TONKÍN.—TIRADORES TONKINES HACIENDO EL EJERCICIO

Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 86)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: Matanzas en Mongolia; China; Iquitos (Perú); Archipiélago Gilbert (Oceanía) (conclusión); Hong-Kong.—NOTICIAS DE LA «PROPAGANDA FIDE»—COLOMBIA: Hechos de la revolución (conclusión).—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN (continuación).—POR EL MUNDO.—UN CELOSO MISIONERO, SABIO EMINENTE Y GRAN PATRIOTA (conclusión).—ASELINATO DE UNA MISIÓN CIENTÍFICA FRANCESA.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—¡SIGÁMOSE! cap. IV, novela por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—TONKÍN: Legionarios persiguiendo á los piratas.—Furriel de tiradores.—Pobladores de las regiones Muongs en el Tonkín superior.—A través de los bosques de Thach-Khoan.—Parroquia de Duc Phong.—YUN-NAN (China): Familia Gni (tribu lolota) de Lon-mei-y: padre, madre é hija.—Ilustraciones de la novela ¡Sigámoste!

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

MATANZAS EN MONGOLIA

DETALLES DE LA MUERTE DE DOS MISIONEROS BELGAS Y DE NUMEROSOS CRISTIANOS EN LA MONGOLIA SUDOESTE

En el número del 15 de Enero publicamos un telegrama en el cual el reverendo Padre Superior del Colegio de las Misiones Extranjeras de Scheut-lez Bruxelles nos anunciaba la muerte de dos misioneros de la Mongolia Sudoeste. Hoy publicamos la siguiente carta en la que se contienen los detalles de esta muerte, acontecida el 13 de Diciembre del pasado año, es decir, cuando los tratados aseguraban ó al menos debían asegurar la paz religiosa en China.

CARTA DEL R. P. VAN-HECKE, SUPERIOR DE LOS MISIONEROS BELGAS DE SCHEUT

Scheut, 7 Abril de 1902.

A principios del corriente año telegrafé dando cuenta del asesinato de dos de nuestros misioneros de la Mongolia Sudoeste, en la residencia de Sia-yen-tzen, á corta distancia de Ning-Sia. Acabo de recibir detalles y me apresuro á comunicarlos.

Al amanecer del viernes 13 de Diciembre presentáronse de improviso á la residencia un grupo de unos treinta hombres, dieciséis de los cuales vestían uniforme militar; los demás eran los salteadores ó piratas vulgarmente conocidos con el nombre de *Kona tzen*.

El P. Van Merhaeghen cayó el primero hundido el cráneo de un sablazo: su cuerpo estaba cubierto de sangre y tenía en la cabeza tres profundas heridas.

Al P. Bongaerts le dejaron tendido en tierra creyéndole muerto. En su cuerpo contábanse á lo menos quince heridas; fué recogido por los cristianos y aún vivió diez días. Mataron tres cristianos indígenas; y la joven Tchang, que ha hecho los votos de las Religiosas, salvóse apagando la lámpara de su casa tan pronto como oyó los aullidos de los que atacaban y los ayes de las víctimas.

Saquearon la residencia y varias casas cristianas. El P. Bongaerts fué trasladado á la casa de un cristiano donde le cuidó con el más solícito esmero Tchang, la joven consagrada á Dios. A los diez días del infausto suceso una falsa alarma asustó al Padre ya mejorado,

quien al hacer un brusco movimiento para levantarse y huir abrió una herida ya cerrada, lo que produjo hemorragia tan abundante que le causó la muerte.

Estas muertes se atribuyen á venganza. Los mahometanos de esta comarca, obligados á restituir las mujeres y niños cristianos, robados cuando el asesinato del Ilmo. Hamer en 1900, han comprado estos malhechores para que asesinaran á los misioneros. Ignoramos si con el grupo habían verdaderos soldados, si eran desertores ó si eran bandidos luciendo uniformes militares robados.

Un cristiano de Sia-yen-tzen fué el encargado de comunicar la triste nueva á los misioneros de San-tao-ho. Querían salir inmediatamente para asistir al Padre herido, pero el cristiano les disuadió de su intento diciéndoles que el P. Bongaerts curaría pronto de sus heridas, que los asesinos habían jurado matarles á ellos, á los misioneros de San-tao-ho, y que el camino era muy peligroso. Debieron, pues, limitarse á enviar al misionero y á los cristianos cuanto creyeron podría serles útil en su aflictiva situación.

CHINA

REGRESO DE LA CORTE Á PEKÍN

Al R. P. Demarquest, procurador del Tche-li Sudeste, debemos la siguiente relación, rica en curiosos detalles, de la solemne entrada de la familia imperial á Pekín.

Pekín, 12 de Enero.

El suceso tan largo tiempo esperado, y tenido por muchos hasta hace pocos días como muy lejano ó poco menos que imposible, se ha realizado la presente semana sin incidente alguno.

El 7 de Enero y aproximadamente al mediodía presenciaron cuantos se hallaban en la capital la solemne entrada de la imperial comitiva. A las siete de la mañana los Soberanos salieron de Pao Ting en el ferrocarril franco belga, quedando maravillados y ponderando la rapidez y comodidad del para ellos nuevo medio de locomoción, y de los preparativos hechos en honor suyo por la citada Compañía. A las once y media llegaron á la estación de Feng tui, desde donde debió seguir el tren corto trozo de la línea de Tien-Tsin para llegar á la estación de Ma-Kia-Pou. Este cambio de vía era necesario para llegar lo más cerca posible de la parte central de la ciudad china. La Compañía inglesa exigió que para los seis kilómetros que faltaban recorrer en sus rails fuese cambiado el personal dependiente de la otra Compañía y la locomotora.

En Ma-Kia Pou se habían levantado ricas tiendas amarillas para que descansase el Emperador. Este bajó del tren, y tras breve descanso metióse en la litera, haciendo lo propio la Emperatriz viuda y la esposa del Emperador. Organizada la comitiva, emprendió la marcha, dirigiéndose por el camino, convenientemente arreglado y adornado, que conduce á la puerta Sud de la ciudad china, distante unos tres kilómetros.

En la inmensa llanura que se extiende entre el templo del Cielo y el de la Agricultura se hallaban reunidos numerosos mandarines, y los soldados de Yuen-The-Kai, en traje de campaña, formaban á lo largo

hasta la entrada del Palacio. El pueblo, que se estrujaba para ver á los Emperadores, era repelido á latigazos y palos por los policías, tan atentos que no conocen mejor urbanidad.

La generalidad de los europeos se hallaban reunidos sobre la puerta central de la ciudad manchúa (Trien-Men), por la cual debía pasar la comitiva, y obedeciendo, según parece, á una orden terminante, les dieron todas las facilidades apetecibles para ver y sacar fotografías del espectáculo.

El tiempo era seco y frío, á pesar de lucir espléndido el sol, y el *viento amarillo* levantaba nubes de polvo. Pasaron los equipajes, y á la una y media de la tarde empezó á desfilar la comitiva: á la caballería del general Ma-Yu-Koun siguieron la de Yuen-The Kai y los lleva-parasoles también á caballo. Llamó vivamente la atención y fué objeto de muchos comentarios que mientras el Emperador llevaba esta insignia plegada, el *lleva-parasol* de la Emperatriz la ostentaba orgullosamente abierta.

A continuación pasaron los arqueros montados y la infantería de Yuen-The-Kai, acompañados de nuevos *lleva parasoles* á pie, los que preceden siempre inmediatamente á la litera imperial. Esta avanzaba majestuosamente en hombros de ocho portantes, y rodeada de príncipes á caballo.

El Emperador descendió un momento al pasar por la puerta Trien-Men, para hacer las postraciones rituales en uno de los templos que se levantan en el interior del bastión que defiende la puerta.

La Emperatriz viuda, cuyo cortejo igualaba al del Emperador en número y magnificencia, bajó también, visitando sucesivamente ambos templos. Al salir del último templo, uno de los eunucos que la acompañaban le indicó que los europeos la miraban del alto de la muralla: ella clavó la vista en el grupo, y después de contemplarlos con persistente insistencia, inclinó la cabeza, sorprendiéndoles con afectuoso saludo, que dejó admirados á los espectadores de tan imprevista escena.

A la Emperatriz viuda seguía la Emperatriz joven, en litera amarilla como las precedentes, y rodeada de eunucos á caballo; pasó sin detenerse: luego empezaron á pasar soldados, coches, cajas, bagajes de toda clase, que uno tras otro fueron desapareciendo tras la puerta principal del Palacio.

A las dos acabó el desfile.

Llegados que fueron á la parte reservada al Emperador y llamada la «Ciudad violeta ó prohibida,» el cortejo salió por la puerta del Este (Tong Hou-Men), y los Soberanos dieron la vuelta á las murallas y se entraron en su habitación definitiva.

IQUITOS (PERÚ)

Carta que el R. P. Plácido Mallo, agustino, dirige al M. R. Padre Fr. Tirso López, de la misma Orden.

Muy Rdo. P. Tirso López: Sirve la presente para satisfacer lo más cumplidamente posible la petición de vuestra reverencia: si lo que por estas tierras nos ocu-

rre merece ó no la pena de referirse, ya lo irá viendo en el decurso de la siguiente relación.

El 11 de Enero, después de haber encargado al Padre Amorrortu le enviase los artículos de dos periódicos que hablaban de la despedida que nos hicieron en la capital de esta República, nos despedimos de nuestros hermanos en la portería del convento, y apremiados por el silbido de la locomotora nos dirigimos á carrera tendida á la estación de Monserrate, en la cual ya no admitieron nuestro equipaje á pesar del billete que sacamos apresuradamente los PP. Donis, Rufino y nosotros cinco. Este contratiempo, que nos obligaba á permanecer en la Oroya tres ú ocho días, nos causó una impresión que contrastó con las que esperábamos recibir al recorrer el indescriptible trayecto de los Andes, y sin embargo á ese providencial descuido debemos la vida, como le haré observar después. Imposible que pueda formarse idea sin verlo personalmente del famoso ferrocarril de los Andes: personas muy competentes aseguran que nada tan grandioso puede admirarse en el mundo: en sólo diez horas recorre las montañas encrepadas de los Andes.

Las numerosas y rápidas variaciones de temperatura dan origen á la terrible enfermedad llamada *soroche*, que á varios cuesta la vida en algunas épocas del año, y á la mayoría una infinidad de molestias. Los PP. Prat y Bernardo estuvieron asorochados siete días; el Padre Paulino, Donis, Rufino y yo sólo por espacio de tres horas sentimos un frío intenso y la consiguiente dificultad en la respiración, efecto del enrarecimiento del aire.

Oroya, término de la vía férrea, es un pueblecillo civilizado á medias y de un clima tan crudo que en los dos días de nuestra permanencia en él, sufrimos como es imposible volvamos á sufrir, si no pasamos de nuevo por allí.

Como no llegaban aún los equipajes determinamos trasladarnos á Tarma, ciudad importante donde se ven monumentos de la dominación española, de un clima benigno, y con habitantes de costumbres sencillas y religiosas; es la población quizá más pintoresca y de mejores condiciones higiénicas del Perú. En ella pasamos nueve días, tratados á cuerpo de rey por D. Julio Pié-lago, dignísimo párroco, á quien, al enterarse de nuestra llegada, le faltó tiempo para sacarnos del hotel, diciéndonos que su condiscípulo el R. P. Soto, obispo electo de Huaraz y administrador apostólico, nos había recomendado á él, y á eso era debido el aparato y movimiento en la ciudad, cuyos edificios y calles estaban llenos de banderas.

Fray Bernardo y yo hacíamos diariamente excursiones á los montes Tarma de la renombrada Jauja, distante sólo una legua peruana, ó sea cuatro kilómetros.

A los cinco días de nuestra salida de Lima, pasados en Oroya y Tarma, recibimos el deseado equipaje, y la misma tarde, que empleamos en la compra y arreglo de todo lo demás necesario para recorrer unas ciento veinticinco leguas á través de montes y selvas, nos presenta D. Julio un telegrama que nos dejó helados: los ingenieros encargados de la conservación de la vía del Pichis comunicaban á las Autoridades de Tarma que dos avenidas consecutivas en los ríos Tambo, Perené y Paucartambo habían arrastrado los puentes y destruido

grandes trozos de camino; la vía del Pichis era intran-sitable, «y que por lo tanto el reverendísimo Prefecto apostólico y los misioneros Agustinos regresasen á Lima, porque de otro modo corrían inminente riesgo sus vidas aventurándose á continuar el viaje; que aguardasen arreglos provisionales.»

El P. Paulino telegrafió entonces al Presidente de la República y al Prefecto apostólico de los Padres Franciscanos, pidiendo al primero una determinación que nos evitase, á ser posible, regresar á la capital, y al segundo consejo. El prefecto franciscano, P. Antonio Batle, celosísimo misionero, contestó inmediatamente en estos términos: «Los puentes arrastrados, los derrumbes que tal vez pueden enterrar vivos á los pasajeros son continuos: Dios con Vds. sobre todo: misionero fervoroso y valiente llega á Puerto Bermúdez.»

Animados por esta contestación determinamos aguardar una semana más los arreglos provisionales que prometían acelerar los ingenieros de la vía central. Don Julio no sólo se opuso á que saliéramos de su casa, si que recogió el estipendio de las Misas que habíamos celebrado á su intención, obligándonos á recibirlo so pena de incurrir en su enojo: simpático y campechano como pocos, esmerábase por mitigar la pesadumbre del Padre Prefecto.

Como fuera de las horas de refección no teníamos más ocupaciones que el rezo, calculamos el número de jornadas que había hasta Puerto Bermúdez, y según las indicaciones de todos los mapas del país á los tres días de salir de Tarma podían salvarse las distancias que median entre los ríos Tambo, Perené, Chanchamayo, río Colorado y Paucartambo, hasta la Peruviana y Puente Capelo, es decir, que á no ser por el descuido que nos obligó á esperar los equipajes, hubiéramos perecido irremisiblemente arrastrados por las avenidas, ó sepultados en los derrumbos, si un milagro manifiesto no nos salvase, deteniendo las aguas y asegurando el camino.

Al cabo de nueve días pasados á expensas de D. Julio, el cual sintió de veras nuestra separación, escogimos cada cual la bestia de silla que más nos agradó para continuar el viaje, y precedidos de tres arrieros dejamos con sentimiento la grata compañía del párroco de Tarma.

Aun no le hablé de los arreos de las caballerías de silla, ni de la catadura quijotesca de nuestras personas, y le aseguro que merece los honores de una descripción, porque son el lado cómico de nuestra memorable jornada á través de las zonas tropical y tórrida. Después de hacer un lío con la correa, sombrero de teja y hábito para no dejarlo entre las espinas y el ramaje, nos calamos en la cabeza un tosco sombrero de paja, cubierto exteriormente de un lienzo que, cayendo sobre las espaldas, llegaba á la cintura y nos preservaba el cuello y los hombros de la lluvia torrencial de las montañas: en sustitución del hábito vestíamos alternativamente dos ponchos, uno de goma y otro de tela fuerte, según que fuera preciso recibir duchas ó las caricias de Febo: el calzado se reducía á unas botas de montar con su correspondiente espuela, y á unas polainas de cau-chú. Como complemento de tan originales adornos tampoco faltaban alforjas, machete, hacha, ni una escopeta Remington.

Esto por lo que se refiere á nosotros y á las cinco bestias de silla, que no eran el todo de la caravana, pues los tres arrieros que nos precedían estaban encargados única y exclusivamente de conducir en otras nueve de carga unas diez maletas, varios cajones que contenían municiones de boca y hasta de guerra, cinco catres de campaña, instrumentos de casa y de cocina, botica y otra infinidad de tarantines.

Para darle idea exacta de lo que nos ocurría diariamente, sería menester un gran volumen que no podría formar sin un trabajo ímprobo é imposible en las presentes circunstancias. Narraré lo más sucintamente posible los sucesos cómico-trágicos de nuestro viaje por la vía del Pichis, y si acaso desea los pormenores de un itinerario, ahí le van los apuntes que hice el primer día cuando aun conservaba humor para escribir: después no sólo me faltó paciencia, sino que resolví atender con todas mis potencias y sentidos á la dirección del caballo y no á descripciones topográficas, que podían costarme la vida rodando á un precipicio.

A una legua de Tarma comienza la vegetación exuberante de los países tropicales: á la misma distancia es ya un río caudaloso el arroyo formado por las fuentes que brotan en la falda de la montaña que media entre Oroya y Tarma. Las riberas de estos ríos y las de sus principales afluentes son en extremo pintorescas hasta las *chacras* (haciendas) limítrofes de Hacobamba y Palca. A dos leguas, *plus minusve*, de Palca hay un descenso brusco de terreno, comenzando el cambio de temperatura.

He aquí la descripción topográfica más general y la única que puede hacer un pasajero que salva en nueve horas la distancia que hay entre Tarma y Guacapistana, ó sea la jornada del primer día: montes elevados cubiertos de verdor y de algún arbusto que crece entre las rocas, alimentándose más con la frecuente lluvia que con el jugo de la capa de tierra que las peñas tienen: saltos de agua que desde la cumbre de los montes resbala sobre las rocas hasta el cauce de los ríos: cerros inaccesibles por la pendiente y por la tupida vegetación de un arbolado irregular y variado: á orillas del camino vense confundidas las hojas de muchos árboles que producen los distintos climas de España: moles inmensas de granito enclavadas en las márgenes de los ríos, de altura desproporcionada, cubiertas algunas de ramaje y aisladas otras en la falda de las montañas, á través de las cuales se trazó en muchas partes la vía del río Pichis: precipicios imponentes, capaces de causar vértigo á los más intrépidos pasajeros: arroyos de agua cristalina, aunque no muy fresca en su mayor parte, que atraviesan el camino; y finalmente puentes de madera contruidos según todas las apariencias, más para eludir el compromiso de ganar un jornal á costa del trabajo, que para mejorar la vía con obras duraderas y de mérito proporcionado al interés que se ganan los operarios de la importante línea del Pichis.

Estos apuntes que hice sobre el arzón de la silla del caballo en la jornada del primer día, son tan generales que nada concretan, pudiendo convenir al proyecto recorrido desde el 23 de Enero hasta el 8 de Febrero.

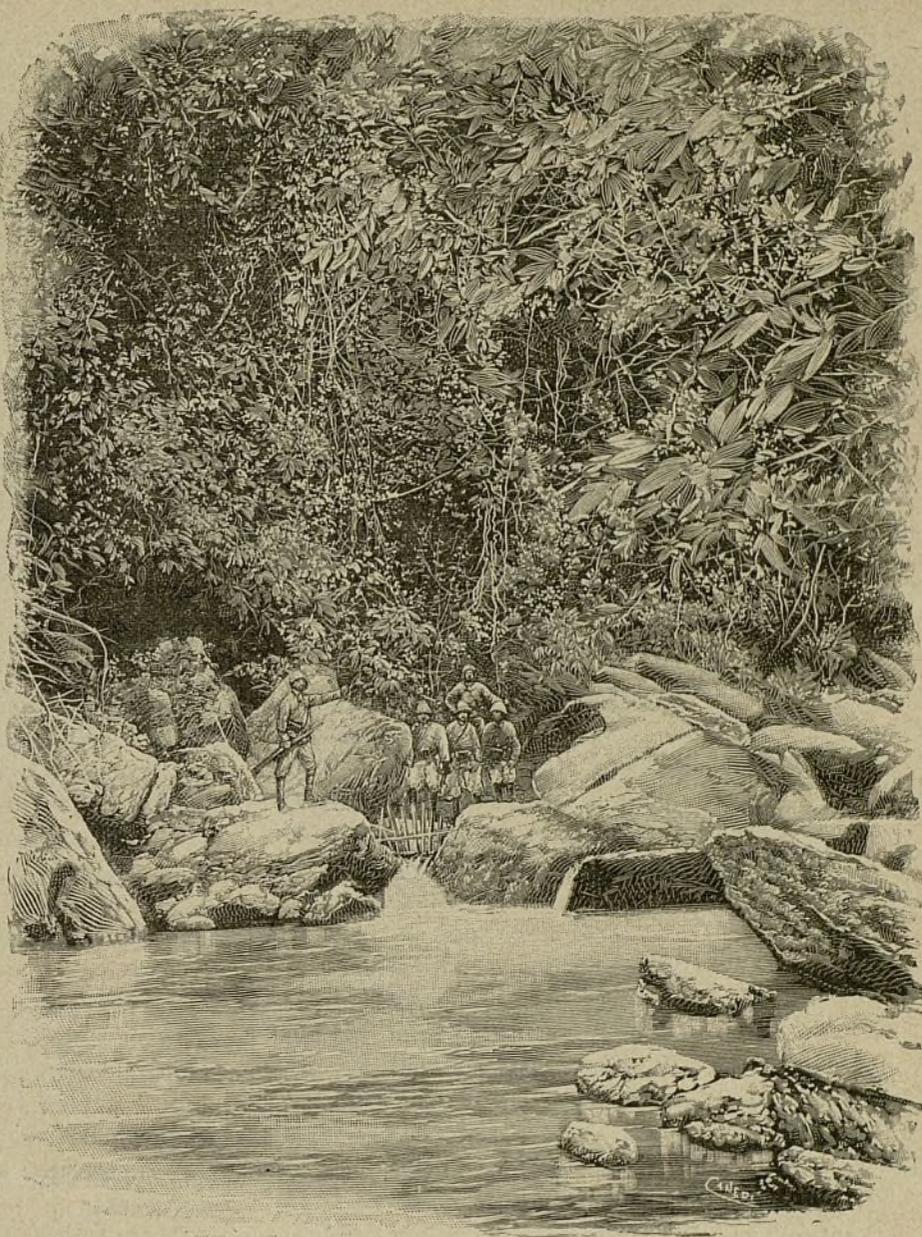
Pero hacer la descripción topográfica de las quince jornadas que hay hasta Puerto Yessup, es una tarea que

no emprendieron hasta la fecha muy entendidos exploradores que estudiaron detenidamente la vía central; y no soy yo el llamado para suplir este defecto; así que me limito á referir en globo los acontecimientos de nuestro viaje.

Por las noches acampábamos al aire libre, cuando no había algún tambo abandonado ú ocupado por gente civilizada. Llámense *tambos* una especie de casuchas de planta baja, cuyas paredes están formadas ni más ni menos que por algunos tablonnes largos y clavados en tierra verticalmente, y sosteniendo un techo de nipa: entre los tablonnes se deja algún espacio para que circule holgadamente el viento y la lluvia, que algunas veces quitan el sueño. Después de improvisar de cualquier modo la comida ó cena al finalizar el día, dormíamos con todos los arreos (excepto el sombrero) hasta las cuatro de la mañana, en que daba comienzo la carga del equipaje y la preparación del desayuno, que tomábamos colocando las monturas y asegurando en ellas el equipaje. Durante el día caminábamos sin detenernos más que lo preciso para tomar un *tentepié*, beber agua fresca ó tibia, y sobre todo para remover los obstáculos de la senda común, haciendo uso del hacha, del azadón y pala, ó de los tres instrumentos á la vez si nos encontrábamos á la vez también con uno ó varios troncos derribados sobre la vía, y con montones de tierra aglomerada por la lluvia ó derrumbes que había obstruido el camino.

Una vez, que el P. Pedro rodaba con su macho, tan extremadamente pacífico que apenas se movía; otra, que mi caballo, director de la caravana, se enterraba en el lodo con su jinete, y era indispensable abrir nueva senda para que á los demás no les sucediera lo propio; otra, que se hundían los puentes de *mirame y no me toques*, con dos, tres ó cuatro bestias de carga, y había que sacarlas tirando del ramal y de la cola juntamente, ó descolgándose á salvar nuestros recursos por una soga, y amarrar con ella la carga y los animales que la llevaban: los sobresaltos y contratiempos se sucedían como las vueltas, como los atolladeros y como los puentes.

Si fuera posible pintar con toda su viveza los episodios de nuestro viaje, diría V. R. y cuantos oyesen relatarlos que exagerábamos con el prurito de impresionar, pero es ciertísimo que todas nuestras ponderaciones, aunque parezcan desmedidas, no dicen la quinta



TONKIN.—LEGIONARIOS PERSIGUIENDO Á LOS PIRATAS.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 86)

parte de la terrible realidad. Sólo por un milagro de la Providencia se puede explicar satisfactoriamente nuestra caminata por la vía del Pichis, y la salud de que disfrutamos á pesar de las mojaduras y variaciones de clima, y que no nos hubiera sucedido alguna catástrofe lamentable.

El P. Prat, que rodó con su cabalgadura, no sufrió la más insignificante lesión con haber pasado el animal por encima del jinete: Fr. Bernardo, que osciló sobre un precipicio, montado en otro macho, no hizo más que dar un susto de marca mayor al Padre Presidente; y á mí que casi todos los días iba el primero, nada fatal me ocurrió: alguna vez dejaba inútiles los puentes, con inminente riesgo de caer en el abismo, porque el caballo metía las patas entre los maderos, ó rompía las tablas ya podridas. Nos encontramos en varias ocasiones con partidas de salvajes, que reconociendo nuestro carácter de misioneros y sacerdotes á pesar del ridículo disfraz descrito, se acercaban confiados á pedir pólvora, cartuchos de dinamita, espejitos y otras tonterías.

Vestían un ropón muy semejante al hábito franciscano y del mismo color, sin más adornos ni aderezos que algunos botones de oro, plata ó quizá de alguna montura, que suspendían en las orejas, nariz ó labios horadados. El ropón talar lo vestían indistintamente hombres y mujeres, con la diferencia de una pequeña abertura, la cual en los de los hombres es vertical, y horizontal en los de las mujeres. Se pintan el rostro, las manos y los desnudos brazos de mil colores chillones, imitando extravagantes mostachos y otras raras figuras. Los varones se dedican exclusivamente á la caza y á la pesca, y las hembras al cultivo. Los idiomas son tan numerosos como las tribus, por lo cual apelábamos á las señas cuando necesitábamos decirles algo, pues más de una vez nos asociamos á ellos en la pesca, que nos proporcionaba divertidos pasatiempos y esquisitas cenas cuando terminábamos la jornada antes de anochecer.

Se me olvidaba decirle cómo pasábamos los ríos donde habían sido derribados los puentes por las avenidas: las bestias de silla y de carga pasaban á nado; los equipajes, monturas y también nosotros, por medio del *huaro*. Consiste el *huaro* en una polea (de la que pende un cajón) fuertemente amarrada á dos grandes cordeles que giran en otras dos poleas de una á otra orilla del río, tirados por varios hombres, que á la vez hace rodar sobre una sogas de gruesos alambres la polea en que se suspende el cajón y los pasajeros y equipajes encajonados. Con este improvisado puente vadeamos dos ríos, sucediéndonos lo que á Quevedo, cuando los encargados de hacer funcionar al *huaro* nos dejaban á la mitad del camino dando vueltas, para tomar nuevos alientos.

El 8 de Febrero llegamos á Puerto Yessup, término de la vía terrestre y comienzo de la fluvial. En este puerto esperamos una canoa por espacio de dos días para dirigirnos á Puerto Bermúdez, viviendo por cuenta propia y entretenidos con la pesca y el baño. Después de tres horas y media de canoa á favor de la corriente por el río Zupizú (etimológicamente río de la vainilla), desembarcamos en Puerto Bermúdez, donde las Autoridades nos habrían proporcionado alojamiento cómodo, si no hubiéramos preferido la residencia de los Padres Franciscanos, á la que nos trasladamos acompañados de un Hermano lego, único Religioso que presidía entonces la casa, porque el Padre sacerdote se hallaba visitando las rancherías de los infieles en cumplimiento de sus deberes apostólicos. Aunque nos convenía el descanso después de tantas fatigas, deseábamos por momentos que llegara alguna lancha de vapor para evitar á los misioneros Franciscanos gastos, y continuar el viaje á Iquitos; pero desde el 10 hasta el 20 de Febrero fué preciso resignarse.

El primer jueves de Cuaresma comenzamos á navegar en una lancha del Gobierno, tan reducida que, si comodidades faltaban cabalgando, tampoco las encontramos navegando. Hicimos la navegación sucesivamente por los ríos Pichis, Pachitea, Ucayali, Marañón y Amazonas hasta el 1.º de Marzo á las nueve de la mañana, que desembarcamos en esta población. Sus habitantes, que jamás habían visto «aves tan raras,» nos bautizaron con el nombre de «gallinazos,» por la analogía con ciertos pájaros negros del país. Por vía de recibimiento se publicó en el diario de esta capital un ar-

tículo titulado: «Aves negras,» donde se nos recomendaba muy groseramente ir á cumplir nuestra misión entre los salvajes, porque en Iquitos no hacían falta «prédicas» (*sic*), y además no había proporción para oírlos. El representante del Gobierno, es decir, el prefecto, llamó á los autores y cómplices del artículo, que lo habían fraguado en comandita celebrando un *meeting*, y les dijo tranquilamente que si alguien «levantaba de nuevo el gallo» contra los Padres Agustinos, sería fusilado sin más preámbulos. Esta amonestación, si no evitó las protestas clandestinas, fué al menos una medida muy saludable para nuestro sosiego.

Al siguiente domingo inició las «prédicas» en la única iglesia de la ciudad el P. Paulino, y las continuaron los PP. Prat y Bernardo, que yo el día 7, festividad de Santo Tomás de Aquino, después de levantarme con mucho trabajo para decir Misa, tuve que volver precipitadamente y con mayor dificultad á la cama, atacado por el vómito negro. A las cuatro de la tarde perdí totalmente el conocimiento, y ya no pude volver á levantarme hasta fines de Marzo. Fuí asistido por el Dr. D. Rafael Suárez, que además de tratarme mejor que á un hijo, visitándome de día y de noche repetidas veces, arreglaba él mismo algunas medicinas, ocupando también en mi servicio á su propia hija, y como remate de la fiesta no quiso cobrarnos ni un céntimo, debiéndole sólo por las visitas más de *mil soles*. Aseguró D. Rafael que en los treinta años que llevaba de servicio en Iquitos era yo el primero que salía bien del vómito negro. Es cierto que jugó el todo por el todo á fin de salvarme, obligándome á sufrir diariamente una infinidad de inyecciones que me causaron dolores horribles, pero también fueron parte en la recuperación de la perdida salud los cuidados y sacrificios de los tres Padres sacerdotes y de Fr. Gonzalo, que pasaron muchas noches de claro en claro: lo mismo á ellos que al Dr. Suárez, instrumentos de la divina misericordia para conmigo, V. R. les encomendará en sus oraciones, y pagará en parte mi deuda de gratitud.

Hasta Mayo estuve inútil, aunque pude hacer un esfuerzo y predicar por vez primera el Jueves Santo, porque fué larga y lenta la convalecencia. Celebramos el Mes de María con toda solemnidad, habiendo todos los días numerosísima concurrencia. Como el Padre Prefecto, aprovechando una ocasión oportuna, había salido el 26 de Abril para río Napo, con objeto de conocer el estado del territorio de su jurisdicción, tuvimos el Padre Prat, Bernardo y yo dieciocho sermones, que predicamos alternativamente los domingos y fiestas y la mitad de los días de cada semana: esto añadido á la vida que no están acostumbrados á ver los del país en los sacerdotes seculares, contribuyó á que desaparecieran muchas preocupaciones que contra nosotros había; pero aun estamos muy lejos de pisar en camino trillado, como puede colegirse de las observaciones que van á continuación.

Es Iquitos una población compuesta casi en su totalidad de emigrados extranjeros, entregados en cuerpo y alma únicamente al negocio: carece de vida propia, no teniendo ni rastros de cultivo á pesar de las condiciones agrícolas del terreno, pues todos los artículos, aun los más indispensables, son traídos de Europa. Los pre-

cios son fabulosos, debido á los grandes impuestos de Aduana, que suman mensualmente 10,000 y hasta 15,000 soles. La inmensa mayoría de los hombres está dominada por la Masonería, que es la causa eficiente de todas las crisis de comercio, de la indiferencia estúpida en religión, y de los vergonzosos desórdenes que aquí siempre están de moda. La fuente de la mucha plata que circula es la extracción del caucho, que exportan á Europa por toneladas; mas ahora no es mi ánimo describir el modo con que verifican la extracción del caucho, ni los muchos abusos que se cometen, porque deseo terminar esta ya demasiado larga relación. Aquí nace, vive y muere esta gente sin acordarse de que tienen alma, y á juzgar por lo exterior nadie diría que son cristianos, desde que no se les ve hacer nada de lo que manda la Religión; ni había una persona siquiera que cumpliera con el precepto pascual. Por lo que toca á ornamentos sagrados, apenas tienen los necesarios para decir Misa, y éstos viejísimos, malos y sucios, de tal modo que apenas puede distinguirse el color de las casullas. Si hubiera alguna persona tan buena, caritativa y generosa, y animada por el celo de la gloria de Dios, que nos enviase algunos, se lo pagaría Dios, y nosotros también rogando por ella en nuestras pobres oraciones.

ARCHIPIÉLAGO GILBERT (OCEANIA)

MISIÓN DE SAN JOSÉ

Un Mártir gilbertino

CARTA DEL R. P. LEBEAU, MISIONERO DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS (ISSOUDUN)

(Conclusión)

Se dice que Inglaterra tiene funcionarios justos y honrados. Si esto es verdad la administración de las islas Gilbert es una triste excepción. Nosotros los misioneros católicos pertenecientes á diversas nacionalidades, somos los testigos y las víctimas. El comisario inglés pasó por *Maiana*, donde había aumentado considerablemente el número de católicos.

Dos de nuestros Hermanos, que viajaban con destino á *Opaiay* y á *Tarava*, se encontraron en el vapor con el comisario y fueron recibidos en *Maiana*, cuyos habitantes no los esperaban, con repetidas muestras de simpatía acompañadas de las más sencillas y alegres demostraciones. La historia de nuestro Juan no tardó en llegar á oídos del gobernador inglés, quien apenas llegado á *Tarava* me escribió una carta diciéndome que debía entregarle el niño para volverlo á *Maiana*.

Le contesté que el niño había sido confiado á los cuidados de la Misión por la Autoridad de *Maiana*. Me escribió en seguida que se enteraría mejor del asunto, y que su propósito era no privarme de la compañía de Juan.

Para demostrar al comisario que las cosas eran tal cual yo se las había expuesto, resolví pasar en barco el inmenso brazo de mar que separa *Jaravú* de *Maiana*, con el propósito de procurarme las pruebas auténticas.

Gracias á Dios esta travesía, que es cuatro veces más larga que la de *Tarana* á *Apaiag*, fué excelente.

Recogí de los jefes, naturales y del mismo *blanco* de la isla que se ocupaba de los asuntos del Gobierno, las pruebas que atestiguaban la crueldad del padre de Juan, y la justificación de que éste nos había sido entregado legalmente. Estaba aún en *Maiana* cuando vi llegar el velero *Neptuno* y sobre cubierta á nuestro querido Juan... ¿Qué había sucedido?

Fué el caso que mientras el Hermano Esteban y yo estábamos en *Maiana*, el comisario inglés había enviado á su secretario y agentes para arrebatarse de la Misión al niño, tratándole cual si fuera un criminal. Se apoderaron de esta pobre víctima la noche precedente al día de Pentecostés.

Parece que el desgraciado Juan opuso tenaz resistencia, protestando siempre que quería ser católico. Para hacerle dejar los cordones y las sotanas de los Padres le torcieron las piernas, los brazos y las manos. Nuestros hermanos, testigos impotentes de actos tan odiosos, ordenados por el residente inglés de *Maiana*, y cuya inocente víctima se hallaba bajo la tutela legal de la Misión, me comunicaron su dolor é indignación.

¡Pobre Juan! acertado anduvo al predecir que con arrancarle de la Misión su martirio empezaba de nuevo. Llevado en presencia del comisario fué condenado primero á pasar unos días sin comer, luego á ayudar á los presos á llevar piedras para un dique en construcción. Cuando la carga era demasiado pesada y no pudiendo con ella la dejaba caer, los agentes de policía le molían á bastonazos.

Llegado el velero *Neptuno* á *Tarava* Juan fué embarcado para *Maiana*. El capitán, aunque protestante, se compadeció del pobre niño.

Desde el preciso instante que Juan desembarcó en la isla de *Maiana* vióse otra vez acosado por los suyos. Su padre le repetía con obstinación que le quería protestante, el ministro y su mujer le intimaban las mismas órdenes. Juan limitábase á responder que perdían el tiempo, pues sería católico hasta la muerte.

Afortunadamente entre sus parientes contábamos buenos católicos, por quienes le transmitíamos frases de aliento y saludables consejos.

Ni las caricias ni las amenazas le vencen. Juan se mantiene firme como los niños mártires de los primeros siglos... Se le ve pasearse solo á la sombra de grandes cocoteros rezando el Rosario, á pesar de que tres veces consecutivas le habían roto los rosarios.

El padre de Juan intenta en vano convencerle unas veces con buenas palabras y otras con amenazas.

—Si no te haces católico, le dijo *Tan Katayu*, no te daré tierra.

—No tengo necesidad de vuestras tierras: lo que quiero es salvar mi alma. ¿Acaso cuando muera podré llevarme las tierras al cielo?... El Padre y el Hermano ni tienen tierras ni tienen riquezas, y sin embargo son dichosos.

—¿Y si yo despedazara tu cuerpo? añade el padre; y el niño responde dulcemente:

—¡Podéis pegarme, podéis matarme, volaré al cielo!...

Su padre desesperado le conduce al jefe para que le ponga preso. Juan le dice:

—Para conservar mi Religión compartiré hasta la muerte el duro trabajo de los prisioneros.

El anciano jefe, apiadándose de Juan, desoyó las instancias del padre y rehusó aprisionarle.

Al fin llegó á *Maiana* el representante de la residencia inglesa para juzgar á Juan y á sus padres. De *Tarava* había escrito el comisario al jefe de la isla de *Maiana* que Juan debía quedar en la isla, y sin parar en contradecirse, me escribía á mí que no quería privarme de la presencia de Juan.

En el proceso constan declaraciones de testigos católicos y protestantes en favor de Juan, pero á pesar de todo el resultado fué que los *padres habían tratado bien á su hijo*, (!) que no le habían dado sino una simple corrección paternal. Y que pues el niño durante su cautividad había pretendido evadirse y había escrito una carta privada á un compañero afirmando que estaba resuelto á permanecer firme en el Catolicismo, él era el solo y *verdadero criminal*.

El agente del Gobierno se atrevió á preguntarle si sabía el cuarto mandamiento de la ley de Dios, y después de esta pregunta de catecismo á Juan, quien sabía más que él, tuvo el triste valor de condenarle al suplicio de ser apaleado. Nada valieron las protestas; una vez dada la sentencia, Juan fué extendido sobre el tronco de un cocotero, sujetos los brazos y las piernas por cuatro individuos de policía, empuñaron seis enormes garrotes, largos de dos metros y muy gruesos, y eligieron el verdugo de entre los policías, siendo el elegido un fanático protestante. Dada la señal por el agente oficial inglés el verdugo, que estaba algunos pasos distante del niño, se acerca bastón en mano y levantándolo lo deja caer con fuerza terrible sobre los riñones del pobre niño, que lanza un grito desgarrador, retorciéndose al influjo del dolor; el verdugo descarga otros golpes sin tener piedad de los tristes gemidos del pobre paciente. A los seis golpes el niño inclina la cabeza sobre las espaldas y cae sin sentido.

El agente inglés, viendo los efectos de su crueldad, y ruborizándose y temiendo ante los justos reproches que sin respeto á su autoridad todos le dirigían, toma agua y la derrama sobre la cabeza del niño para hacerle recobrar el sentido.

Trabajo inútil, Juan seguía desmayado. Temiendo que espirara de un momento á otro, levanté la mano en presencia de la multitud y dije: «Yo absuelvo esta víctima purificada por sus horribles sufrimientos.»

Pero el niño no murió, recobró el conocimiento, y en nombre del despotismo fué entregado á su padre por el comisario inglés. El haber Juan perdido el sentido por efecto del cruel tratamiento por él ordenado preocupó no poco al funcionario inglés, quien pronunció algunas palabras de excusa, é hizo creer á los indígenas que Juan no había sido castigado por causa de su Religión sino por la carta que había escrito á uno de sus amigos (1).

Los protestantes le decían: «Si no te haces protestante, faltas al cuarto mandamiento de la ley de Dios.»

Juan les respondió: «Debo, es verdad, obedecer á mis

padres, pero debo primero obedecer á Dios, quien me manda que sea católico.»

A los protestantes que se burlaban de él diciendo: «Fuiste castigado y estuvo muy bien hecho;» les dió esta hermosa respuesta: *E pati pocchi te rapata, ma e tiku te onomaki*: «¡Es verdad, el cuerpo ha sido azotado, pero la fe queda!...»

Juan secuestrado por los protestantes, continúa rogando á la Santísima Virgen del Sagrado Corazón y á su Divino Hijo Jesús, quienes no dejan de protegerle.

Los católicos de *Maiana*, perseguidos como él, elevan al cielo fervientes oraciones para conseguir su libertad. Todos nosotros, Padres, Hermanos, Hermanas y los católicos de *Tarava* y *Apaiag*, oramos también por esta alma inocente, contra quien lucha con encarnizada saña el enemigo de la salvación.

Juan, que sabe leer y escribir correctamente, nos escribe varias veces á *Maiana*. La víspera de nuestra partida para *Tarava* nos envió por un niño católico la siguiente carta:

Ave María.

Padre Juan y Hermano Esteban :

Les saludo. Me alegro mucho de poderles escribir. Hacen lo posible para atraerme al protestantismo, pero yo me mantengo firme en mi Religión católica, la sola verdadera. He sido cruelmente castigado, es verdad. Cuando vendrá la asamblea de blancos (porque le dijimos que los llamaríamos) mi suerte se decidirá (esto es, estare libre), oh, entonces si que me regocijaré en compañía de Vds. Hasta entonces.—Su hijo en Jesucristo, Juan.

Le han quitado su rosario y nos han remitido sus libros. Afortunadamente le queda otro rosario que guarda escondido en tierra, al pie de un cocotero. A pesar de tantas promesas de que no volverían á poner sobre él la mano, sigue siendo maltratado ásperamente.

Yo le oí la víspera de nuestra partida cantar un cántico de los preferidos de nuestros católicos; le escuchaba cuando de súbito el canto cesó bruscamente: siguió largo silencio, al cabo del cual llegó hasta mí una voz compasiva que gritaba: «¡Pobre niño!...»

Pocas horas antes de nuestra partida, burló la vigilancia de los protestantes y vino á despedirse de nosotros. Sus palabras fueron lágrimas que nos conmovieron profundamente.

Nos alejamos abrigando la esperanza de que nuestra partida sería motivo para él de libertad, y que podrá asistir á las oraciones y pláticas de nuestros catequistas. Dentro de poco volveremos á este pueblo, para reanudar la lucha contra el Protestantismo.

Plugiera á Dios enviar pronto un misionero para establecerse aquí y confortar esta valerosa cristiandad, que muy pronto constará de casi la totalidad de la isla, excepto algunos fanáticos.

Me atrevo al terminar la presente á rogar á todos que unan sus oraciones á las mías para que estos pobres fieles se vean libres de los caprichos de los que quieren perderlos. Lo pido á los sacerdotes que saben lo qué es un alma; á los padres cristianos que comprenden muy bien el precio incalculable de las virtudes que infunde la Religión en el corazón de sus hijos;

(1) Este relato del P. J. Lebeau, testigo de tan bárbaras escenas, prueba cuán difícil es la situación de las Misiones de las islas Gilbert, pues es constante y tenaz la oposición de las Autoridades inglesas.

á tantas almas católicas que se sienten afligidas por las persecuciones que sufre la Iglesia, y que consagran toda su vida y caridad para defenderla contra el furor del infierno.

Una oración y una limosna para los católicos de las islas Fidji.

HONG-KONG

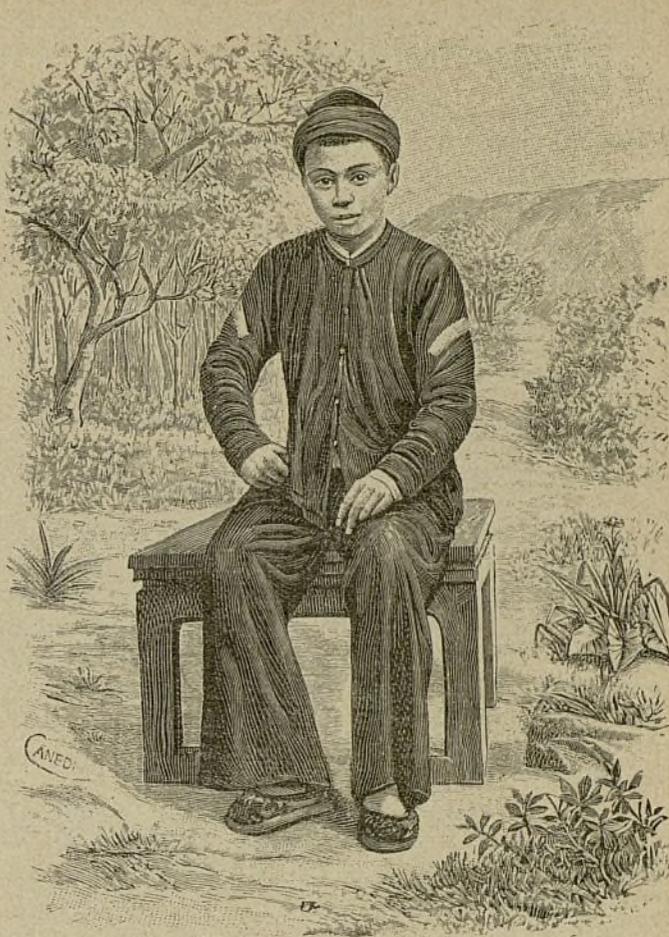
LA PESTE

El terrible azote que desde hace algún tiempo se ha enseñoreado de parte de esta Colonia, continúa causando numerosas víctimas. El 9 de Enero se reunió la Junta de Sanidad para tratar de varias cosas, y trataron de los «Medios de impedir la peste.» Largos discursos; en tanto la plaga riéndose de los oradores y haciendo de las suyas allá por Wanchai. «Análisis del agua.» «Mortandad;» ésta ha sido de 193 por 1,000 durante la semana que terminó el 21 de Diciembre: en la semana anterior había sido de 236. «Blanqueo de casas.» «Limpieza y fumigación de las mismas;» el número de casas barridas en los quince días que terminaron el 4 de Enero ascienden á 691; á 1,406 los pisos fumigados y á 1,774 los limpios. Esta quincena no han sido tantas las fumigaciones y limpiezas como en la quincena anterior, por la proximidad del año nuevo chino, en que todos los trabajadores piden vacaciones. «Medios de defensa contra las ratas;» aquí aparecen todos los sistemas de ratoneras inventados y por inventar; y finalmente: «Colección ó número de ratas cogidas durante las cuatro semanas que terminaron el 30 de Diciembre.» Sería de ver á aquellos honorables miembros contar y clasificar las ratas que los *rat catchers* pusieron ante su vista. Y día que pusieron 6,253, de las cuales estaban vivas sólo 1,316. En las cinco semanas anteriores se habían cogido 4,570, de las que vivían 1,557. Ante estas cifras, exclamó el vicepresidente: «Señores, un aumento de 100 por 100 en el número de ratas muertas, *and this was all the public business.*»

Volvió otra vez á reunirse la honorable Junta de Sanidad el 23 de Enero. En los quince días hasta el 18 de Enero, se limpiaron 924 casas, de las cuales 2,785 pisos fueron simplemente lavados y 1,850 fumigados. En esta sesión trataron extensamente la cuestión del agua, otro problema y no desprovisto de gravedad, pues el caso es que va escaseando.

Chatham, director de obras públicas, á fin de tranquilizar los ánimos, hizo ver como en depósitos existían aún muy cerca de 115.000,000 de galones de agua, y calculando por el agua consumida en la semana anterior, tendríamos agua para nueve semanas. Ya van dos semanas desde que el director dijo esto, y si vamos á juzgar por los efectos, muy mal ha debido hacer sus cálculos, porque desde entonces acá nos acortaron la poca ración que nos daban. Por su parte, el cielo permanece de bronce.

Volvióse á reunir ayer la Junta, pero sus acuerdos no son aún conocidos. Los principales puntos de que



TONKÍN.—FURRIEL DE TIRADORES.—Reproducción de fotografía por el P. Girod. (Pág. 86)

debían tratar eran, «contar bien las ratas cogidas,» y «ver qué sistema de ratoneras ha dado mejor resultado.»

Son cerca de las once, y á esta hora se cierra el correo, porque estamos ya en pleno año nuevo chino, como lo prueban el continuado ruido de los reventadores, y los muchos hijos del cielo que empiezan ya á pasearse por estas calles, luciendo sus mejores galas. A todos les desea mucho *ts'in ts'in* y un muy *yan-funk nin;*

HOLE.

NOTICIAS DE LA «PROPAGANDA FIDE»

Su Santidad el Papa, á propuesta de la Sagrada Congregación de la Propaganda, ha erigido en los Estados Unidos la nueva diócesis de Sioux-City; comprende la parte Occidental de la diócesis de Dubuque, á saber: las ciudades de Lión, Osceola, Dickinson, Emmet, Kossuth, Palo-Alto, Clay, O'Brien, Sioux, Plymouth, Cherkee, Buena Vista, Pacohontas, Humblat, Webster, Calhoun, Sac, Ida, Woodburg, Morvona, Grawford, Cawoll, Greene y Boone.

—Han sido nombrados: obispo de Roseau (Antillas) el R. P. Felipe Schelfast, de la Congregación del Santísimo Redentor, nacido en la diócesis de Gand el 27 de Sep-

tiembre de 1850, y misionero que fué de las islas de Santo Tomás y Santa Cruz, dependientes ambas de la diócesis de Roseau.

—Vicario apostólico del Hu-nan Meridional y obispo titular de Sinao el R. P. Juan Pellegrino Mondaini, de los Menores Franciscanos, nacido el 15 de Enero de 1868, en Villa Verucchia (diócesis de Rimini), el que hasta ahora ha misionado el Hu pe Oriental.

—Vicario apostólico del Chen-si y obispo titular de Adraha el R. P. Odorico Rizzi, nacido en Udina el 28 de Abril de 1858, y provicario del citado vicariato.

—Vicario apostólico del Estado libre del Orange (Africa) y obispo titular de Tiatyre, el R. R. Matthieu Gauthren, de los Oblatos de María Inmaculada, nacido en la diócesis de Dublin el 1844.

—En el Consistorio habido el 16 de Diciembre de 1901, fué nombrado obispo de La Paz (Bolivia), el R. P. Nicolás Armentia, quien hacía muchos años trabajaba incansable en las Misiones franciscanas de dicha nación. El R. P. Armentia es natural de Bernedo, diócesis de Victoria; nació el 5 de Diciembre de 1845; tomó el hábito Franciscano en el convento de Amiens, provincia franciscana de San Luis en Francia, el 14 de Diciembre de 1860. Dios conserve mucho tiempo la vida de este infatigable misionero, y fecundice sus trabajos para salvación de las almas.

—Para las Misiones franciscanas de Tierra Santa, América, China, Constantinopla, Albania, Trípoli, Australia y Alto Egipto, salieron el año pasado setenta obreros evangélicos, sin esperar más que en Dios. De estos setenta misioneros, veinticinco son españoles, distribuidos: ocho para Tierra Santa, catorce para el Ecuador, uno para la Comisaría del Paraguay y dos para la China. El Señor les dé fuerzas para trabajar con el heroísmo de los misioneros de todos los siglos, por el reinado de Jesucristo.

COLOMBIA

HECHOS DE LA REVOLUCIÓN

(Conclusión)

XVI.—*La navegación por el Atrato y el incidente de Riosucio*

Los hombres que debían cargar y conducir la barca acudieron ebrios, por lo cual un Hermano capuchino y yo, los dos más robustos, ó mejor menos débiles, debimos trasladar á la embarcación baúles y cajas, provisiones de boca, marmitas, vajilla, es decir: un ajuar completo, sin el cual es imposible viajar por estas tierras. La más grande de las *canoas*, y en la que debían ir siete viajeros, medía aproximadamente 0'80 centímetros en su parte más ancha, y unos 12 metros de larga.

El día 8 de Septiembre, á las cuatro de la tarde, salimos de Quibdo, sin que nuestros enemigos hicieran manifestación alguna. Los amigos, con los ojos llenos de lágrimas, seguían desde la orilla la marcha de las miserables canoas, que pronto vieron desaparecer lejos, en las revueltas de aquel río de rápido curso. Y nosotros nos alejábamos silenciosos, con el corazón á la vez agitado por la alegría de la libertad, y el dolor de ver-

nos separados de aquellos á quienes tanto amamos y compadecemos.

Dije que éramos siete: el séptimo era un joven comerciante de Cartagena. Vino á Quibdo llevando un cargamento más que regular de diversas mercancías, las que confiaba vender á buen precio: ya había despachado buena parte, cuando llegaron los revolucionarios, le robaron lo restante; y no contentos con ello le dejaron sin un céntimo y lo metieron en la cárcel, donde ha pasado largos meses sufriendo un verdadero martirio: como recuerdo de las cadenas que han macerado sus carnes y del húmedo calabozo que sin culpa ha debido habitar, llevaba el dolor reuma que le tenía poco menos que imposibilitado.

A medida que nos alejábamos de Quibdo, los enfermos sentíanse mejorados y parecían recobrar las perdidas fuerzas. Habíamos recorrido pocas millas cuando encontramos un yankee, antiguo conocido. Remontaba la corriente guiando tres embarcaciones cargadas de mercancías. Nos informó de la situación política, y habiéndole pedido que á su regreso nos prestara una de sus embarcaciones, nos prometió que nos daría la más grande para que nos sirviéramos de ella para recorrer la distancia que separa Santatá de Cartagena.

Al anoecer del primer día de viaje nos guarecimos en una cabaña de negros, donde nos prepararnos abundante sopa de bananas (*sancocho*), de lo que todos los enfermos comieron con apetito excelente y sin sentir malestar alguno.

El 9 antes del mediodía pasamos por delante de *Paina*, lugar estratégico donde un destacamento armado espera hace dos años la llegada de los buques del Gobierno. Ya entrada la noche llegamos á un pueblecito llamado *Beté*, algunos de cuyos habitantes descargaron la piragua y nos ayudaron á subir la sobre toda ponderación empinada cuesta que separa el río de aquel puñado de miserables chozas. Dos mujeres ayudaron al Hermano capuchino á preparar la cena, consistente en la tradicional sopa de bananas, poco atractiva para estómagos delicados, pero que el hambre nos hacía parecer excelente. Tomado el modesto refrigerio, cada cual se arregló lo mejor que pudo para descansar. Y de esta ó parecida manera pasamos todas las noches del largo y peligroso viaje.

Además del pueblo citado, á orillas del Atrato visitamos Vigía del Fuerte, Vigía del Curbarado y Riosucio. En ellos nos detuvimos pocas horas, que los Padres aprovecharon bautizando algunos adultos y muchos niños. Los habitantes nos han testificado respeto y amor conmovedores: nos ofrecían pollos y huevos de los pocos que han salvado de la rapacidad de las tropas incorrectas.

En Curbarado hallamos un grupo de liberales tan célebre por sus fechorías, que al salir de Quibdo nuestros amigos nos despedían deseándonos la fortuna de no dar con tales hombres. Pasamos tranquilamente la noche, sin que al parecer los malhechores se ocupasen de nosotros: poco antes de partir y aprovechando un momento de descuido lograron meter en nuestra canoa una lata de petróleo: habían resuelto dirigirse á Quibdo, pero mudando de opinión partieron para Riosucio, donde llegaron á las siete de la noche, ó sea dos horas

antes que nosotros. En esta población se cuentan tres ó cuatro importantes familias católicas ó sea partidarias del Gobierno, y en casa de una de ellas nos albergamos, siendo tratados con la mayor delicadeza y caridad.

El 17 de Septiembre el joven comerciante (Martelo) que habíamos aceptado en la embarcación, pidió al jefe de nuestros peones ó remeros que le acompañara á la casa de un comerciante amigo. Después de mucho andar halláronse con la pandilla que la víspera nos había ganado la delantera, y á la que se habían sumado muchos negros. Los bandidos invitaron al jefe de los remeros á reunirseles; y como éste les preguntara qué se proponían, contestaron en presencia de Marcelo, indicando claramente que su intento era apoderarse de Capuchinos y Maristas, y obligarles á presenciar excesos, cuya idea sólo puede germinar en corazones los más envilecidos. Tan monstruoso pareció el plan al remero, que aunque criminal de profesión y escapado de presidio, negóse terminantemente á tomar parte en el complot: sin embargo, esto fué en un principio, porque más tarde el aguardiente pudo más que los escrúpulos.

Cuando al mediodía nos sentamos á la mesa para comer, Martelo se colocó á mi lado, y en voz baja me dijo en pocas palabras cuanto había oído. Apenas probó bocado, tanto le apenaba vernos expuestos á sufrir tan graves injurias, y verse él por las enfermedades que le aquejaban privado de defendernos. De mí sé decir que el peligro no me intimidó, y que resolví defenderme hasta quemar el último cartucho, y luchar hasta morir para no caer vivo en tales manos. Sin pérdida de momento envié de nuestros hombres al que hubo de parecerme menos embrutecido, con orden de cortar y llevarme ocho descomunales trancas: cuando me las entregó procuré ganarle á nuestra causa, pero pronto me convencí de que no podía contar con él: en efecto, á las pocas horas se reunió con sus compañeros, que bebían con los conjurados, y les anunció que nos armábamos. Entre el equipaje habíamos dejado dos fusiles cargados y dos cuchillos de monte, armas que me apresuré á recoger y que completé con una hacha. Todos, Capuchinos y Maristas, estábamos resueltos á defendernos hasta morir.

Llegada la hora de partir no compareció ni uno de nuestros hombres: á las cinco de la tarde después de muchos trabajos reunimos dos, uno de ellos antioqueño que jamás había gobernado una canoa. Les obligamos á preparar la marcha y á embarcarse. Los de la partida destacaron uno con orden de espiar nuestros preparativos: sentóse á corta distancia de nosotros, y se entretuvo jugando con un revólver; cuando embarcábamos se acercó y presenció el embarque. Acomodado en la barca, le pregunté en alta y recia voz qué deseaba; y él me pidió la lata de petróleo metida furtivamente en la canoa; se la mostré, invitándole á entrar á recogerla, lo que hizo dando señales de alegría. Sin pérdida de momento y sumando nuestras fuerzas á las de los improvisados remeros, empujamos la barca hasta en medio del río, y emprendimos la navegación en presencia de los conjurados y sin dar oídos á los gritos del jefe de los remeros que nos habían acompañado, quien se empeñaba en que volviéramos á la orilla. Para evi-

tar posibles sorpresas acordamos que día y noche uno daría la guardia. A Dios gracias, proseguimos el camino sin ser molestados.

El 18 á las cuatro de la tarde llegamos á Santatá, donde entramos pasando por corto canal y cruzando un pantano y dos lagunas. El administrador ó alcalde, que nos esperaba hacía quince días, nos dispensó cariñoso recibimiento.

XVII.—*Santatá y viaje á Cartagena*

La *Finca* (extensa propiedad rural) de Santatá, la única verdaderamente productiva y que cuenta con numerosos rebaños en el valle de Atrato, había pertenecido á un conservador, quien después de haberla visto saqueada dos veces por los insurrectos, la vendió al Turco, nuestro hospitalario amigo, quien nos brindó con ella. Aceptamos: en la casa reinaba el desorden más completo, consecuencia necesaria de los dos saqueos sufridos en poco tiempo. Afortunadamente el *noviciado* de Quibdo nos había hecho poco exigentes. Además, fiados en la promesa del yankee, creímos no deber permanecer más de quince ó veinte días. Esperábamos pacientes y resignados, cuando una mañana nos dijeron que á media noche habían pasado el yankee y sus barcas.

A los pocos días recibimos una carta del P. Antonio, superior de los Capuchinos, fechada en Cartagena, diciéndonos tuviéramos paciencia y esperáramos en Choco, pues cuanto antes el Gobierno mandaría fuerzas suficientes para restablecer la paz. ¡Cuántas veces la vimos desvanecerse esta grata esperanza! Dos meses transcurrieron sufriendo el hambre y la miseria más horribles, la soledad y el abandono más tristes, las más penosas enfermedades. No teníamos otro alimento que las raíces, que todas las mañanas con el afán del hambre buscábamos por el bosque desenterrándolas, escarbando con las manos, y uno que otro fruto silvestre que de vez en cuando encontrábamos: rarísimos fueron los días en que pudimos probar una miaja de carne ó pescado: la necesidad nos dió fuerzas para comer carne de mono. ¡Y estábamos alegres y nos parecía envidiable la libertad que gozábamos!

Las esperanzas que nos hiciera concebir la carta del P. Antonio no se trocaban en realidades; nunca veíamos pasar una barca que quisiera ó pudiera llevarnos, y al fin resolvimos que partiría acompañando á un Padre Capuchino, para juntos enterarnos de la situación, y trabajar en pro de los demás procurándonos víveres, vestidos y medicinas, para hacer más llevaderos los sufrimientos que acompañarían los días de destierro que nos faltaban sufrir.

De la desembocadura del Atrato á Cartagena empleamos cinco días. Dios nos favoreció regalándonos un tiempo magnífico. Nada tuvimos que sufrir hasta la salida del golfo de Uraba, donde nuestra barquichuela, juguete de montañas de agua, estuvo cien veces en peligro de naufragar.

Llegados á Cartagena hallamos que el Superior de los Capuchinos había salido para Costa Rica, que el Gobierno sólo se ocupaba de la guerra, cuyo principal teatro era entonces el departamento de Bolívar, y que había prohibido la navegación por el Atrato. El Capu-

chino que me acompañaba se desalentó, y marchóse á reunirse con su Superior á Costa-Rica. Quedéme solo. El único consuelo fué una carta del Hermano Asistente, la que me infundió nuevo ánimo.

Gracias á Dios y á la Virgen, no me dejé abatirme por tantas contrariedades: empecé á visitar las Autoridades religiosas y civiles, y á trabajar con empeño para lograr la libertad de los pobres cautivos del Choco. Cuantos visitaba, y en especial el prelado diocesano Ilmo. Brioschi, me dispensaron cariñosa acogida, pero no lograba otra cosa que promesas y esperanzas. Pasé dos interminables meses torturado por la ansiedad.

horizonte un punto negro, anuncio de la tierra: era el Cerro de Aquila, límite Nor-este del golfo de Uraba. El buque se acercó á la costa, y unas millas más al Sud saludó con descargas cerradas la población de *Nicochi*, pueblecito ocupado por los revolucionarios. Como no contestaron, prosiguió la ruta.

El 9 al mediodía nos hallábamnos frente á Santatá. Los negros anunciaron nuestra presencia á Padres y Hermanos, y al acercarnos á la costa les vimos venir corriendo, flacos, cual esqueletos animados, rota la sotana que apenas les cubría hasta las rodillas... ¡y saltamos del buque y nos abrazamos con alegría delirante!



TONKÍN.—POBLADORES DE LAS REGIONES MUONGS EN EL TONKÍN SUPERIOR.—Reproducción de fotografía por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 86)

Afortunadamente residen en la ciudad Padres Jesuitas encargados de la custodia del sepulcro de San Pedro Claver. Durante el indicado tiempo me dieron la más caritativa hospitalidad: además me entregaron una limosna de cien piastras, y por su mediación, su ilustrísima otra de doscientas.

Al fin y al cabo á primeros de Febrero el Gobierno puso á mi disposición un remolcador armado y tripulado por cuarenta hombres. Aquellos días llegó de Costa-Rica el P. Antonio, á quien resolví á acompañarme. Salimos el 6 de Febrero, llevando buen acopio de cuantas provisiones pudieran ser necesarias. Durante la noche del siguiente día equivocamos la ruta, y al nacer la aurora nos encontramos en alta mar juguete de encrespadas olas. ¡Cuán pequeño se siente el hombre al hallarse perdido en la inmensidad del Océano!

Hasta las diez de la mañana no descubrimos en el

El 11 trasladamos á bordo á los tres más enfermos, colocándoles en uno de los camarotes del buque; subimos los otros, y todos sobre cubierta emprendimos alegres la marcha.

Cruzamos rápidamente por el inmenso valle del Atrato, casi inundado por las aguas del caudaloso río, vestido por árboles seculares y arbustos y plantas de mil especies, que se reproducen con espléndida lozanía y prodigiosa fecundidad, tejiendo una inmensa bóveda de verdura, por el interior de la cual vuelan innumerables bandadas de pájaros de cien colores, y ejércitos de monjes que animan aquellas orillas desiertas de habitaciones humanas.

Contemplando embebecidos tanta belleza y grandiosidad, nos sorprendió hallarnos en el Océano.

En el límite de las aguas del río y del mar encalló el vaporcito, y fué preciso maniobrar seis horas para po-

nerle á flote. Apenas salvado el percance nos sorprendió otro mucho peor. Era la una de la tarde y navegábamos por la bahía de Turbo, cuando el buque sufrió fuerte sacudida: se examinó detenidamente, y el resultado del examen fué comprobar la desaparición del hélice. Once días transcurrieron empleados de la mañana á la noche en sondear la bahía, buscando la indispensable pieza, y siempre en vano. El día oncenº un destacamento que había ido en busca de víveres que ya empezaban á escasear, apresó una lancha contrabandista, de la cual nos servimos los misioneros para trasladarnos á Cartagena. Nos acompañaron cuatro solda-

dos Capuchinos que se dirigían á Port Simón. El alcalde de Colón nos favoreció lográndonos pasajes gratis de primera clase hasta el istmo. Acabamos de desembarcar en Panamá cuando nos anunciaron que iba á zarpar un buque con dirección á Buenaventura. Nos apresuramos á cogerlo, viéndonos también favorecidos por el gobernador, que logró nos hicieran pagar sólo un tercio de nuestro pasaje.

El 15 de Marzo llegamos á Buenaventura, donde nos separamos de los dos Capuchinos que se dirigían á Pasto. Y el 23 llegamos á Cali, donde los Hermanos nos recibieron con los brazos abiertos y estrecharon efusi-



TONKÍN.—A TRAVÉS DE LOS BOSQUES DE THACH-KHOAN.—Reproducción de un dibujo del lugar teniente B. (Pág. 88)

dos. Cuatro días de feliz navegación nos hicieron olvidar cuanto en Turbo habíamos sufrido.

Al anochechar del 28 de Febrero llegamos á Cartagena, siendo de nuevo albergados por los reverendos Padres Jesuitas, quienes nos dispensaron un recibimiento tanto más cariñoso y entusiasta cuanto nos creían muertos, pues el gobernador falsamente informado les había dicho que el buque había naufragado delante del Cerro de Aquila, y perecido todos los tripulantes.

Hechos los preparativos indispensables, embarcamos en el *Alejandro Bixio*, y después de despedirnos de tres de los Capuchinos, compañeros de fatigas que quedaban en Cartagena esperando orden para regresar á Quibdo, salimos dirigiéndonos á Cali por Colón y Panamá. En Cartagena embarcaron 200 soldados colombianos y otros 200 en Sabanilla. Llegamos felizmente á Colón, donde desembarcamos el 12, despidiéndonos de otros

vamente contra su corazón. ¡Felices momentos! De lo más íntimo del alma elevábamos al cielo, y de entonces lo repetimos todos los días, ferviente acción de gracias por los beneficios y por la constante protección que nos ha dispensado. ¡A Dios y para Dios nuestra gratitud, nuestro amor, trabajo, celo y hasta la última gota de nuestra sangre!

Fáltame sólo decir dos palabras del estado de nuestra obra en Quibdo.

Los sucesos de que hemos sido testigos nos han permitido apreciar, á lo menos en parte, los resultados de nuestra Misión en estas tierras. No creo forjarme ilusiones al afirmar que, gracias á Dios, no hemos trabajado en vano. Con natural satisfacción hemos visto que á pesar del cúmulo de obstáculos y circunstancias desfavorables, la semilla no ha caído en tierra estéril. De ello nos han dado consoladoras pruebas nuestros alum-

nos, oyendo puntualmente Misa los días festivos, frecuentando los Sacramentos, y dándonos á los Hermanos inequívocas pruebas de respetuoso afecto. Debo añadir que la generalidad de las familias nos han mostrado singular confianza, lo que ha contribuido á hacer menos arduos nuestros trabajos.

Por lo que se refiere al material del Colegio, ha sido en parte ó destrozado ó robado. El que pudimos salvar queda depositado en casa de un francés vecino de Quibdo.

El local que para nuestras escuelas hacía edificar el excelentísimo señor Obispo de Popayán está casi terminado: en él habíamos ya instalado dos clases. Su situación es magnífica, y le rodean paisajes cuya grandiosidad es apenas comparable á los más ponderados del viejo Continente.

Roma acaba de erigir el Choco en vicariato apostólico: los Padres Capuchinos esperan acabe la guerra para reanudar sus trabajos.

¿Y los Hermanos Maristas? Hablad: prestos estamos á cumplir vuestras órdenes, pues ellas nos indican la voluntad de Dios: aun nos quedan fuerzas y valor suficientes para volver á Quibdo, y con la ayuda de Dios y la protección de María restaurar las ruinas acumuladas por la Revolución.

Hasta aquí el hermoso escrito del Hermano Marista. En breve carta de fecha más reciente, el Hermano Visitador dice que la Revolución continúa con igual fuerza, y que sumirá á Colombia en la más espantosa ruina. El cambio alcanza á la al parecer fabulosa altura de 5,000 por 100. Y á pesar de tanta desgracia, continúan abiertos diez Colegios dirigidos por Hermanos Maristas.

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

(Continuación) (1)

Los trágicos sucesos referidos, desarrollándose con tan inesperada rapidez, favorecieron la realización del complot. En Hieu Quan me visitaron los párrocos indígenas de Yen Tap, Du Bo y Bau-No dándome numerosos pormenores de la gravedad de la situación. Era indudable que de un momento á otro estallarían motines y que amenaba un alzamiento general, pero yo, quieras que no, debía permanecer en el que sería principal teatro de los sucesos, pues no podía abandonar á mis cristianos.

El jefe de los letrados del Thanh-Hoa, Tong Duy

(1) Véanse *Las Misiones Católicas*, los números correspondientes á los meses de Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre de 1901, y Enero, Febrero y Marzo de 1902. —En atención al, gracias á Dios, muy crecido número de suscriptores nuevos con que cuenta este año *Las Misiones Católicas*, y deseando que todos puedan tener el interesante trabajo del P. Girod, que vamos publicando, esta Administración ha acordado hacer, sólo á los citados nuevos suscriptores una importante rebaja en el precio de ese tomo como, puede verse en el anuncio de la última página.

Tan, representante de Thuyet, que regentaba la menor edad del rey Ham Nghi, hospedábase en la casa de De Kieu, y organizaba la rebelión. Las anteriores tentativas habían fracasado, pero alentaba la esperanza de que ésta, la de la cuenca superior del río Rojo, se vería coronada por el éxito. Para asegurarlo le faltaba lograr la neutralidad de los cristianos indígenas. A este fin publicó una proclama diciendo que toda religión sería respetada; que los anamitas gozarían de la más absoluta libertad religiosa; que lo único que pretendía, y á cuya consecución debían ayudarle todos, era arrojar de aquella tierra á los bárbaros de Occidente.

Gracias á las sabias instrucciones del patriótico obispo Ilmo. Puginier, los cristianos tonkinos no cayeron en el lazo que les preparaban sus irreconciliables enemigos los letrados. Tong Duy Tan proclamó la guerra santa contra los europeos, confiando á De Kien la autoridad política, y el supremo mando militar á Doc Ngu, quien poco tardó en darse á conocer como habilísimo guerrillero, que hizo pagar á los franceses á muy subido precio la posesión del Tonkín superior.

XV.—EL COMANDANTE BERGUMOUSI.—SALIDA INÚTIL.—EL SUBTENIENTE EHRER Y LA DESGRACIA DE QUANG NAP.—UN VESTIDO ROJO APRISIONADO.—TOQUE DE BOCINA.—DOC NGU EN THACH KHOAN.

Corrían los últimos días del mes de Marzo del año 1890 cuando á primeras horas de la mañana me sorprendió nutrido fuego de fusilería. Poco tardé en saber que el teniente Balmonnet, jefe del destacamento de Van-Ban, al frente de un puñado de legionarios asaltaba las cuevas del De Kien, inexpugnable refugio de rebeldes. Gravemente herido en la cabeza el valiente oficial, regresó al cuartel y de allí fué llevado al hospital, salvándose de una muerte casi segura gracias á los solícitos cuidados de los médicos franceses. El resultado de este ataque fué que Doc Ngu, no creyéndose seguro en aquella región, conocida con el nombre de Rung Gia, pasó á la orilla izquierda del río Rojo, y se fortificó entre Thank Ba, Ngoc Thap y Dai Luc.

Bien informado por los sacerdotes indígenas escribí al comandante Bergounioux, jefe del destacamento de Hung Hoa, dándole cuantos detalles pude recoger, y suplicándole hiciera un esfuerzo para librar al país del inminente peligro que le amenazaba. Jefe inteligente y soldado enérgico, conocedor del Tonkín y del carácter de sus habitantes, estaba dispuesto y anhelaba marchar para matar apenas nacida aquella terrible sublevación... pero el indispensable y deseado permiso no vino.

En aquel entonces el ejército quedaba reducido á la impotencia por las disposiciones de un gobernador que creía captarse las simpatías del país rehusando el empleo de la fuerza.

Muchas instancias precisaron para lograr el permiso de salir á defenderse; los rebeldes aumentaban en número y audacia. Llegó, al fin, la tan deseada orden de partir. Bergounioux me pidió guías, y le envié dos jó-

venes disfrazados de tiradores tonkines. Indiqué los principales núcleos rebeldes y dónde se aprovisionaban. Ultimados los preparativos, el comandante avanzó deseando combatir. Duc Ngu, viendo sus guaridas descubiertas, temió y mandó á sus trescientos hombres que se desbandaran volviendo á sus hogares. Cuando el comandante entraba en los pueblos á la cabeza del batallón todos los notables, á quienes se habían humildemente sumado numerosos jefes y generales rebeldes, salían á recibirle protestando amor á Francia y ofreciendo huevos y bananas. Lo que satisfacía muy poco al comandante, quien después de ocho días de marchas y contramarchas regresó fastidiado al cuartel. Para mayor desgracia una noche dos centinelas, falsamente alarmados, dispararon sus fusiles matando al asistente de un teniente y á uno de mis guías, joven padre de familia que dormía en la tienda del jefe. Apenado el comandante tanto como yo por el trágico suceso, me entregó una cantidad para la familia, suplicándome fuese á Ngoc Thap á recoger el cadáver. Todo el país supo que yo había facilitado los guías.

Apenas los soldados del comandante habían entrado en el cuartel cuando, el día de Pascua, M. Ehrer, jefe del destacamento de Ngoc Thap, tuvo la suerte de sorprender una gruta, fortaleza de piratas, á quienes apasionó, apoderándose de las armas y municiones sin tener una baja. Entusiasmado por tan feliz éxito este joven lugar teniente, recién llegado al Tonkín, no temió dificultades ni peligros, toda empresa le parecía fácil.

El 18 de Mayo comía en su casa junto con el Dr. Pichon, médico de marina.

—Mañana, dijo M. Ehrer, mañana quiero recorrer el terreno avanzando en dirección á Dai Luc; intentaré llegar hasta Lang Lang.

Al acabar el desayuno sentíamos una impresión de vaga tristeza.

A la madrugada del día 19 salió Ehrer acompañado de quince legionarios, treinta tiradores tonkines y un sargento: cada soldado llevaba seis paquetes de cartuchos. El mismo día, llamado no recuerdo por qué asunto á Hung Hoa, visité al jefe militar, quien me preguntó con evidente inquietud si M. Ehrer había salido. ¡Y á la hora en que hablábamos el joven subteniente ya no se contaba entre los vivos! La desgraciada nueva tardó algunas horas en llegar á Hung Hoa.

Pasé la noche en la parroquia de Duc Phong, y el día siguiente me dirigí á Ha Thach, donde daba una Misión. Olvidados los lúgubres presentimientos de la víspera avanzaba tranquilo por la orilla del río, cuando al pasar por delante de Nam Cuong, vi entre un grupo de campesinos un individuo que vestía roja túnica, quien al ruido del caballo vuelve la cabeza, me ve y emprende desesperada fuga.

Estaba de buen humor y le perseguí: al poco rato las patas delanteras de mi caballo tocaban los tacones del fugitivo: cayó de rodillas pidiendo misericordia y recogiendo con empeño sobre el pecho su traje rojo. Este empeño me sorprendió, y quise saber qué escondía: le mandé desbrocharse, y en medio del pecho vi una herida de bala apenas cicatrizada.

—¡Hola, mi amigo, no puede negarse que te marcaron bien!... ¿Dónde ganaste esa herida?

Temblaba como una hoja; y á pesar de ello tuvo la serenidad suficiente para decirme que se había herido cayendo de lo alto de un árbol sobre los cuernos de un búfalo.

—Y me duele mucho, añadía.

—Vaya, vaya; entonces te conviene acompañarme hasta Ngoc Thap, donde el médico francés te curará.

Al oír estas palabras el *vestido-rojo* intentó reemprender la fuga, pero un cristiano de Hien Quan, que me acompañaba luciendo al hombro mi fusil de caza, le dijo dos palabras que le hicieron desistir de sus propósitos...

—Vamos, en marcha.

Y lo conduje á Ngoc Thap.

En el cuartel hallé al comandante Bergounioux haciendo el inventario de cuanto había en las habitaciones de M. Ehrer, y al Dr. Pichon que con lágrimas en los ojos salíome al encuentro diciendo:

—¡Pobre Ehrer, tan joven! y entonces supe los tristes detalles de la fatal expedición á Quang Nap.

M. Ehrer había avanzado por una región cubierta de espeso bosque, y cuyo accidentado terreno forma desfiladeros tan estrechos que apenas permiten pasar dos hombres de frente. A las diez de la mañana llegó á Quang Nap, donde ordenó largo alto para que sus hombres, rendidos de fatiga, descansaran y para esperar los víveres que debían enviarle de Ngoc Thap. Los espías de Duc Ngu que habían seguido todos los movimientos de la pequeña columna, distribuyeron las fuerzas de manera que le cortaban la retirada, hecho lo cual dieron la señal de ataque. A la primera descarga el teniente mortalmente herido se apoyó en un árbol para sostenerse, y reuniendo todas sus fuerzas gritó: «¡Adelante, á la bayoneta!» y expiró. Los legionarios no quisieron abandonar su cuerpo: cuatro se hicieron matar intentando cargárselo y huir con él. Los europeos restantes se abrieron paso á través de las filas rebeldes, no sin dejar tendidos en el campo cinco de sus compañeros. Los tiradores, no acierto á comprender cómo se las arreglaron, pero es el caso que escaparon sin un muerto ni un herido. Un periodista creyó deber acusar de cobarde al sargento que les mandaba. Pero el tal juicio resulta temerario, pues este sargento mereció por sus actos de valor ser condecorado con el dragón del Anam, ascendido á teniente y murió luchando heroicamente contra el enemigo cuando la expedición del general Bedens al río Claro superior, de la que formaba parte.

Dada cristiana sepultura á los restos de M. Ehrer y á los de sus compañeros, el comandante Bergounioux fué á Hung Hoa conduciendo al hombre que cogí en Nam Cuong, para entregarlo á las Autoridades superiores.

Guiado por la caridad escribí al gobernador de Hung Hoa, rogándole que si no resultaba cargo alguno contra el tal hombre, fuese puesto en libertad.

El *vestido-rojo* fué libertado, y al poco tiempo era uno de los más crueles y temibles piratas de la región.

Cuando al cabo de algunos años se acogió al indulto, contaba en su hoja de servicios una docena de muertes ó asesinatos, y veinte ó más incendios.

Doc-Ngu triunfante, no quería ni que palidciera el brillo de su estrella, ni perder el fruto de la victoria. Intentó un ataque más ruidoso que serio contra la casa cuartel de Ngoc Thap, pero fracasó.

El jefe rebelde no se hacía ilusiones; comprendía que la muerte de M. Ehrer sería vengada, y creyó más prudente trasladar su centro de operaciones. Con el mayor sigilo abandonó el Dat Giua, nombre de la accidentada región, cubierta de espesos bosques, comprendida entre el río Rojo y el río Claro, desde Ngoc-Thap y Phu Doan á Viet Tri, y fué á situarse entre Boa Yen y Don Vang, país de escarpadas rocas y cubierto de bosques seculares, verdadero laberinto donde los soldados pueden difícilmente moverse, y donde es poco menos que imposible organizar una operación combinada, y en cambio de lo alto de las rocas desnudas un hombre, un centinela, ve cuanto pasa ó se agita en el valle.

Verdad de la cual hice peligrosa experiencia un día que me dirigía á administrar un enfermo en Phu-Kieu.

Me hallaba en Duc Phong, y deseando evitar el gran rodeo del camino que sigue por el río Negro y el distrito de Bat Bat, me dirigí por el camino de Hung Hoa á Don Vang, esperando que una vez y de improviso lograría pasarlo sin contratiempo. Me acompañaban mi catequista á caballo y dos jóvenes que llevaban mi pequeño equipaje. Desmonté para subir empinada cuesta. Hicimos un alto para descansar; mi *Coco* lo aprovechó paciendando la hierba tierna, y yo leyendo el Breviario... De súbito interrumpiendo el majestuoso silencio del bosque, el cuerno vibra desde lo alto de los montes semejante al grito de una fiera, y el portayoz de los bandidos, que reinan en estos parajes, nos amenazaba de manera poco tranquilizadora.

Hice la señal de la cruz, metí el libro en el bolsillo, empuñé el revólver cargado, ordené á mi catequista y acompañantes correr más que deprisa, y tirando á los caballos de la brida subimos. (*Vease el grabado de la pág. 85*). Creo, lector, que no debo asegurarte que si no corrimos más y si no se cumplieron más aprisa mis órdenes fué porque no pudimos.

Duc-Ngu eligió el terreno, como hábil general, entre Bao-Yen y Don Vang.

Dispuso sus fuerzas de tal manera, que sólo podía ser atacado de frente por el camino de Hung Hoa; preparóse activamente á la resistencia sin temer una derrota, pues si el comandante Bergounioux le atacaba con fuerzas superiores huiría, que ya cuidó él de asegurarse la retirada. Tomadas todas sus precauciones, mandó decir por toda la comarca que los franceses le temían y que él les desafiaba.

XVI.— AGENTE DE INFORMES CLERICAL Y VOLUNTARIO.
—GANGAS DEL OFICIO.— MUERTE DEL SUB-LUGARTENIENTE MAGAINE.— EXPLICACIÓN CLARA Y TERMINANTE.

El P. Khanh, residente en Hoang Xa y encargado de velar sobre aquella porción de mis cristianos, procuraba enterarse de los hechos y movimientos de las huestes de Doc Ngu. El 13 de Julio me envió un correo anunciándome que los rebeldes acampaban en Thach Khoan.

Ensillé mi caballo, y trotando me dirigí á la ciudad. El gobernador se había ido á tomar baños, y quedaba al frente de los importantes asuntos que en aquella casa se tratan, un jovencito que de la situación del país no sabía palabra. Afligido por aquella incuria administrativa me dirigí al cuartel.

El comandante Bergounioux estaba de pésimo humor. Le expuse lo más brevemente posible mis noticias.

—¿Cómo? ¿decís que Duc Ngu está en Thach Khoan? Hace mucho tiempo que sólo vemos diez piratas aquí, doce allá, y estos grupitos me desesperan... ¡Esto no es guerra ni es nada!... Salgo del cuartel y los piratas desaparecen. Estoy harto de expediciones como aquella que en Marzo hice á Ngoc Thap.

Insistí procurando convencerle.

Al fin convenimos en que buscaría nuevos informes, y que el día 15 dos nuevos emisarios se los entregarían. Para mejor cumplir el encargo le pedí un cuestionario, que remití al P. Khanh para que lo contestara directamente. Así evitamos retardos y malas inteligencias.

Pasé dos ó tres días en la grata compañía del P. Robert, y apenas me acordaba que en el Tonkín hubiera piratas y guerra.

El 18 embarqué en la chalupa de las *Messageries Fluviales* para descender hasta Ha Noi. Al desembarcar encontré el puente lleno de soldados, legionarios y tiradores heridos. A todos les estreché la mano y les di lo único que tenía: palabras de consuelo. El sargento Prokos, de la legión, hoy teniente, gravemente herido en la espalda, me contó los detalles de la acción que tantas víctimas costara.

La columna que mandaba el capitán F... constaba de 35 legionarios y de 70 tiradores tonkinos, á las órdenes del subteniente Margaine. Avisado por los centinelas que día y noche tenía en las puntas de las más altas rocas, Duc Ngu escondió sus hombres entre rocas y arbustos, de manera que podían hacer fuego á mansalva sin temor ni de que el enemigo los viera.

A la vanguardia marchaba Margaine: llegó el primero al lugar donde el enemigo apostado los esperaba: al verse atacado, dejándose guiar de su intrepidez y heroísmo, avanzó contra el enemigo internándose en el bosque y avanzando hacia de donde salían los disparos. Había avanzado pocos pasos, cuando una bala le fracturó la pierna; para que no decayera el valor de sus soldados apoyóse en una roca y continuó dirigiendo el

ataque. Los jóvenes tonkinos lucharon como buenos hasta que, habiendo una bala herido mortalmente á su jefe, se desbandaron. El capitán F..., en vez de apoyar el ataque del subteniente, creyó mejor esforzarse en rodear las posiciones enemigas: los legionarios, valientes como siempre lucharon con denuedo, pero al fin debieron retirarse con sensibles pérdidas, pues era empresa temeraria empeñarse en luchar contra un enemigo invisible.

La desgraciada sorpresa de Thach Khoan, en la que como hemos visto, murió el por su valor y saber distinguido subteniente, hijo de un senador, tuvo cierta resonancia en el Tonkín, y fué causa de acaloradas discusiones entre tiradores y legionarios. Al capitán F... le pareció que lo más práctico era cargar la culpa al misionero que proporcionó detalles y guías, y sectario escondido bajo el uniforme de un jefe de reserva, tuvo el *valor* necesario para repetir por todas partes que yo era muy bueno para hacer fusilar soldados.

Y como la historia inventada por el militar llegase á mis oídos, visité al General, quien me recibió con exquisita amabilidad.

—Vamos, querido Padre, me dijo, no dé V. tanta importancia á unas palabras ridículas, y véngase mañana á almorzar conmigo.

Estas benévolas palabras me hicieron recobrar la calma.

¡Un soldado decir tales cosas de mí, que siempre hice lo indecible para servirles! Nada, que el tragarlo me parecía amarga bebida... pero paciencia, día vendría en que poder darle su merecido.

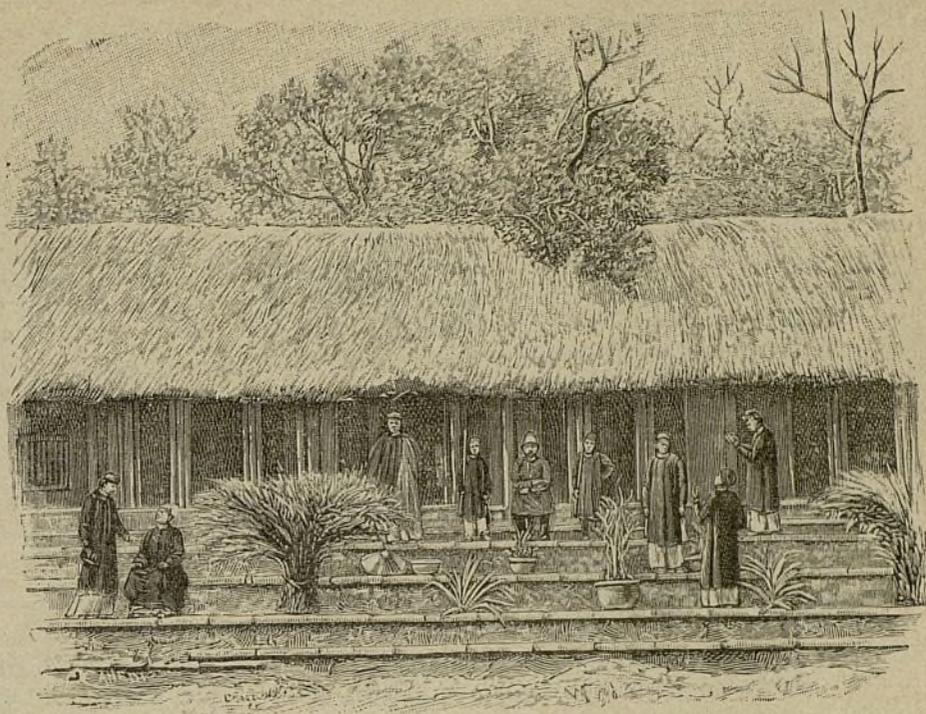
Y la ocasión no tardó en presentarse.

Iba un día de Son Tay á Hung Hoa, fija la vista en aquellas montañas teatro de tan tristes acontecimientos, cuando al llegar á la Trung Ha vi tres oficiales á caballo que examinaban la región, mediante gemelos de campaña. Aquellos señores me conocieron, y trotando se vinieron á juntárame. Me estrecharon cordialmente la mano, y el lugarteniente S..., oficial extranjero, me preguntó si tenía noticias de una compañía de infantería de marina salida aquella mañana de Son Tay...

—Avanza por el dique que corre á lo largo del río; á estas horas debe hallarse en Co Do, le contesté; si deseáis encontrarle tomad por el camino de la izquierda.

—Gracias, contestó el oficial mostrándose vivamente agradecido; gracias, porque ir á Co Do sin escolta es empresa buena para el P. Girod; pero para un oficial sería empeñarse en que le cortaran el cuello.

M. S..., que me había dado repetidas muestras de



TONKIN.—PARROQUIA DE DUC PHONG.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 86)

aprecio, dijo estas palabras sin la menor mala intención, pero el estado de ánimo en que me hallaba fué causa de que creyese adivinar en ellas una alusión poco cortés, y puedo garantizar que no me costó hallar respuesta: les dije cuánto hacía dos ó tres meses hervía en mi corazón, rogádoles dijese al capitán F..., que si yo me hallo en Thach Khoan, ó dejo mi cuerpo al lado de M. Margaine, ó salvo á éste de manos de piratas.

—Mi hermano es oficial... cada vez que estrechaba la mano á uno de vosotros creía estrechar la de un hermano... Me equivocaba... Adiós, señores... Vamos, *Coco*...

Y les volví la espalda partiendo á galope, y enjugándome con el dorso de la mano las gruesas lágrimas que se escapaban de mis ojos.

Estaba satisfecho... aliviado. Desde entonces volví á dirigirme al cuartel sin desconfianza, como antes.

(Se continuará.)

POR EL MUNDO

Roma.—*Nueva Enciclica de Su Santidad.*—Con motivo de su Jubileo pontificio, Su Santidad León XIII ha publicado una extensa Enciclica. La carta está fechada el 19 de Marzo, día del Patrón universal de la Iglesia.

En ella da gracias á Dios por haberle prolongado la existencia; renueva sus enseñanzas á los católicos; lamenta los ataques dirigidos contra la Iglesia y los nuevos errores acogidos por la sociedad moderna, entre ellos el divorcio; traza un cuadro del mundo actual, que ha llegado al estado anárquico, y le invita á volver á Jesucristo y al Pontífice, únicas fuentes que pueden procurarle la paz y la salvación.

Alienta á los sacerdotes á la acción inmediata y hace un llamamiento al concurso de los legos.

La salud del Papa.—Su Santidad ha soportado con sorprendente vigor espiritual y corporal la Cuaresma, cuyas piadosas ceremonias han sido este año aumentadas por las numerosas audiencias y recepciones con ocasión del Jubileo Pontificio.

La salud del Soberano Pontífice es, pues, excelente; de tal modo que parece rejuvenecer. Los numerosos Prelados y personajes que acuden diariamente á Roma para ofrecerle sus homenajes salen de las audiencias maravillados de la energía física de Su Santidad, de lo feliz de su memoria y de la prudencia sobrenatural que anima cada uno de sus consejos.

Filipinas.—*Lo que era el pueblo filipino antes de 1896.* Copiamos de un artículo escrito por un americano é inserto en el diario *Libertas*, que se publica en Manila las siguientes líneas:

«Siempre he oído asegurar, dice el americano, á personas formales y de larga residencia en el país, españoles y extranjeros; á ilustres viajeros hombres de ciencia y ajenos de preocupaciones; á personas sensatas y desinteresadas, que hace muy pocos años, antes de 1896, en Filipinas se gozaba de una tan completa tranquilidad que no había por que temer de la seguridad personal; que cualquiera podía viajar, aun por lugares despoblados, sin recelo alguno; que la hospitalidad era tenida como cosa sagrada, aun para las personas extranjeras; que los crímenes y asesinatos eran tan raros como casi desconocidos, causando profunda sensación la perpetración de alguno; que podía dormirse con las puertas abiertas, sin vigilancia; que era casi innecesaria la fuerza pública para el sostenimiento del orden, en las ocasiones de grande aglomeración de gentes, porque nunca se perturbaba; que el respeto á las Autoridades era general; que los párrocos y Autoridades eclesiásticas eran respetados y venerados, siendo tanto su moral influencia que los pueblos los consideraban como verdaderos padres, á quienes acudían sencilla, libre y espontáneamente en demanda de consejo en sus apuros y tribulaciones;... que era un pueblo feliz, tranquilo, respetuoso y hospitalario, que podía ponerse como modelo único... Eso era el pueblo filipino.»

Lo que es el pueblo filipino en 1902. Pincelada del *Renacimiento*, periódico de Manila: «¡Bonito porvenir! el comercio se queja de falta de personal para la carga y descarga de las mercancías; no se encuentran peones ni albañiles ni por un ojo de la cara; las sementeras están baldías por carencia de brazos; la gente de las fábricas hace *guacha* después de un día de fiesta; en una palabra, la clase jornalera, la gente que tiene que vivir del trabajo de sus brazos, está corrompida por el juego á que se dedica todos los días de la semana. Los Municipios, lejos de remediar y corregir el mal, lo fomentan. El mal es antiguo, pero la autonomía y las libertades actuales le hacen más virulento y más extenso.»

Otro periódico hace la reseña de los filipinos ajusticiados por delitos comunes en 1901, cuyo número repartido por todas las semanas del año nos da un cociente de tres ajusticiados cada semana.

¡¡Esto sí que es progresar!! ¡desgraciado pueblo filipino!

Congo.—De *Lambarene* (Congo) escriben á *La Croix*, de París:

«Nuestros Religiosos, arrojados de Francia por los jacobinos, van á buscar asilo entre los salvajes.

«Después de haber fundado establecimientos en el Canadá, en Siam, en Dijibonti, los Hermanos de San Gabriel han entrado en el Congo. Ayer comenzaban en Libreville con 110 alumnos: hoy, cuatro Hermanos dan clase á 300 niños. No les ha bastado la costa; y en el último mes, Mons. Adán los traía al interior, á Lambarene, á 150 millas de la mar.

«Esta escuela no está tan floreciente como la de Libreville. La Misión tiene apenas veinte años de existencia, y el elemento cristiano, aunque lleno ya de savia y vitalidad, no ha transformado todavía el elemento gentil. Los Hermanos de San Gabriel no tienen miedo alguno á los salvajes, y nosotros esperamos que harán de ellos buenos cristianos y hombres útiles á la Iglesia.

«En Francia no podrán bien pronto los Religiosos enseñar el Catecismo á nuestros pequeñuelos civilizados, que se convertirán en salvajes, mientras que los pequeñuelos salvajes se civilizarán en las escuelas de nuestros misioneros.»

Australia.—La fe continúa progresando, especialmente en la isla de Sydney, reina de la Oceanía. Para honrar la memoria de los primeros misioneros que evangelizaron la Australia, dispuso hace poco el Arzobispo de Sydney la traslación á la Catedral, terminada en el corriente año, de los restos mortales de Mons. Poleding, arzobispo de Sydney, que falleció el 1877; del R. P. Terrp, arcipreste de aquella Catedral, llamado el padre de los pobres, muerto en 1882; del R. P. M. Eucroe, arcediano, fallecido en 1888, y del R. P. Daniel Power, primer penitenciario, que murió en 1880. Unos 80,000 católicos acudieron á las calles que debía recorrer la comitiva fúnebre, á rendir un tributo de respeto y admiración á los restos mortales de sus primeros apóstoles, asistiendo á dicha ceremonia, en nombre del Gobierno australiano, el ministro de Obras Públicas, que es católico. En tan solemne fiesta, el Cardenal arzobispo pronunció una sentida alocución, que terminó con estas palabras bíblicas: «La semilla que sembraron con lágrimas ha fructificado, y nosotros recogemos el fruto en medio de la alegría y de la paz.»

UN CELOSO MISIONERO SABIO EMINENTE Y GRAN PATRIOTA

BIOGRAFÍA DEL P. AGUSTÍN M.^a DE CASTRO, AGUSTINO

(Conclusión)

Y les instruyeron en artes é industrias que jamás los indios habían sospechado (1); fundaron escue-

(1) Ha de permitírsenos consignemos aquí los nombres de los misioneros Agustinos que más han contribuido en Filipinas á la propagación del divino arte de la música.

En el siglo XVI vivía ya en el convento de Manila el Hermano Fr. Marcelo de San Agustín, «organista muy diestro, Compositor y Maestro de Cantores. Estuvo de Sacristán é hizo muchos de los libros de coro. (V. M. S. S. citado en la pág. 58 del volumen 7.º).»—Del P. Juan Bolívar encontramos en el tantas veces citado *Osario*, págs. 174-75, los datos siguientes:

«Natural de Lequeitio, en Vizcaya, fué dieciocho años Vicario mayor del Coro de San Felipe el Real. La catedral de Toledo le convidó varias veces para su cantor perpetuo, ofreciéndole seiscientos pesos anuales, y sacar licencia de Roma; casi lo mismo le ofreció la de Méjico: pero él, siguiendo su vocación, llegó á Philipinas, el año de mil setecientos y treinta y nueve. Cantó muchas veces en Manila, y venían las gentes de muy lejos en tropas á oírle cantar, por su exquisita habilidad, y metal de voz incom-

las (1); abrieron caminos (2); promovieron la introducción de la imprenta (3)... de tribus bárbaras, sumidas

parable. Tañía con primor el Organo, el Arpa, el Rabel, la flauta dulce y otros instrumentos. Compuso en canto de órgano tres tomos en folio de varias Glorias, Credos y Villancicos, que hasta hoy se guardan en la Sacristía nuestra de Manila; pero viendo el Provincial su buen talento en el púlpito, y la falta que había de Ministros, lo envió á la isla de Panay... Murió religiosamente en Laglag (hoy Dueñas) á quince de Enero de mil setecientos y cincuenta y siete. Casi todos los Maestros de capilla que hay en aquellas Provincias fueron discípulos suyos, y hasta hoy celebran mucho su estupenda habilidad en los cantos llano y de Organo.»

Del P. Lorenzo Castelló dice el mismo *Osario*, pág. 207: «Lorenzo Castelló, valenciano, é hijo del Convento de Valencia, y después por su grande habilidad en la Música prohibado en el de Castilla, vino á esta de Philipinas el año de mil setecientos diez y ocho; sirvió mucho en el Coro de Manila y enseñó la Música á más de mil indios tagalos é ilocos, con perfección; porque era de especial gracia y genio para sufrir el mal natural de estos indígenas. Después le envió el Prelado á la isla de Panay para que enseñase la Música á los sacristanes de nuestras Iglesias, y para administrar los Sacramentos á aquellas naciones fieras que tenían falta de sacerdotes, y habiendo cumplido esto por espacio de diez años, lo volvió el Provincial á enviar al Convento de Manila, en donde reformó y añadió todos los libros de Coro: compuso dos tomos en folio de Misas clásicas: otros dos tomos en folio de Vísperas y Procesiones varias: otros dos tomos grandes de Villancicos y Arias: ítem, un arte de canto llano, y otro de canto de órgano. Era muy estimado en todas partes por su buen genio, por su gruesa y agraciada voz y por su rara habilidad para componer. En Manila le llamaban el Orfeo Agustiniiano.»

Cita igualmente el *Osario* como músicos, al P. Ignacio de Jesús, que «vino á Philipinas el año de 1737... fué Prior de Guadalupe, sin dejar por esto de cantar y gobernar la cantoría de Choro, y escribió por su mano muchos libros de este Choro de Manila,» y al P. José Calleja, que vino en mil setecientos cincuenta y nueve, y «tocaba con primor cualquiera instrumento músico.»

En el M. S. S. mencionado en la pág. 58 del vol. 7.º se citan finalmente los siguientes: «P. Fr. Juan Andrade, Vicario de Coro y célebre Cantor del Convento de Manila, donde murió en 1744.»

«P. Fr. Nicolás Servenit, hábil organista que enseñó á muchos en Manila, después pasó á administrar á la Pampanga donde murió en 1745.»

«Hermano Lego Fr. Juan Alfaro, muy buen organista en el Convento de Manila donde sirvió muchos años, y falleció en 1746.»

«P. Fr. Bartolomé Vega, religioso muy práctico en la música, y que fué diez y siete años Prior Vocal y cura de Sarrat en Ilocos, y después de Dingrás, donde murió el 7 de Junio de 1794.»

«P. Fr. Juan Jodraque, que compuso un arte de canto llano y órgano.»

Y «P. Fr. Nicolás Medina que compuso también un Arte de canto llano y órgano.»

De los modernos podríamos citar muchos, porque apenas hay uno de los que han administrado parroquias que no haya procurado sostener una buena capilla y orquesta para la solemnidad del culto; pero mencionaremos solamente entre los que más han figurado como músicos en el Archipiélago, al P. Fernando Llorente, organizador y director de la banda y orquesta en los pueblos en que ejerció la cura de almas, al P. Manuel Aróstegui, organista que fué del Escorial y actualmente de nuestro Convento de Manila, y compositor afamado de muchas obras, y finalmente al P. Angel Oyamburen, que ejerció también de tenor en el Escorial durante los últimos años de su carrera eclesiástica, habiéndole lucido su hermosa voz y manifestado su exquisito gusto y su dominio del arte en las grandes solemnidades, y que hoy se encuentra en nuestro Convento de Manila, después de haberse empleado por varios años en las Misiones vivas del Norte de Luzón.

—Con respecto á las artes de pintura, escultura y grabado solamente diremos por lo que hace á los Agustinos, que además de haber procurado adornar su iglesia con buenos cuadros al óleo, llevados de España, y ejecutados algunos por Religiosos de la misma Orden, como son los que hemos visto en la Iglesia de Cabatuan (Iloilo), debidos al pincel del P. Víctor Villán, tenían escuela de todas estas artes y de otros oficios en el grandioso Asilo de huérfanos de Tambobong, que fué destruido por los norteamericanos, en 1899, por haberse hecho fuertes en él los revolucionarios filipinos; y del cual se llevaron éstos, entre otras cosas, la magnífica imprenta que allí tenían los Religiosos.

—De las industrias introducidas ó especialmente promovidas por los misioneros, mencionaremos en primer lugar, la cría de los

en el mayor grado de abyección, hicieron pueblos civilizados, amoldando á sus individuos, en el grado posible,

gusanos de seda, acerca de lo cual dice el P. Martínez de Zúñiga: «En otros tiempos se había pensado en Manila en fomentar la seda, y se encontró un Sermón viejo, impreso, de un Padre agustino, que refería las medidas que se habían tomado para introducir en las islas Filipinas un ramo que podía serles de mucho lucro, y el Padre predicador exhortaba á los vecinos á que se dedicasen á un cultivo que podía ser tan útil á la nación (Véase *Estadismo de las islas Filipinas*, tom. 1.º, pág. 29).» A lo cual añadía el P. Blanco: «Fué remitido á estas Islas desde China este precioso vegetal (la morera) juntamente con la semilla de los gusanos, en 1780, por el P. Manuel Galiana, misionero agustino en aquel Imperio... Mucho tiempo antes, hacia los años de 1593, el P. Sedeño, jesuita, había plantado moreras en Visayas, y procuró introducir el beneficio de la seda.» (*V. Flora de Filipinas...* Edición citada. Tom. 3.º, pág. 109).

—Los telares, de donde han salido los preciosos tejidos de todas clases, que tanto admiran los europeos, fueron también introducidos por los Religiosos; y como especiales promovedores de esta industria podemos nombrar á los PP. agustinos Gaspar Folgar y Vicente Barreiro (después insigne Obispo), que los implantaron en Bulacán y en Lausag (Ilocos Norte) respectivamente. (*V. Diccionario geográfico... por los PP. Buceta y Bravo*. Tomo 1.º, pág. 416, y tom. 2.º, pág. 153).

—De la cal ordinaria son deudores los indios á los frailes, dice el Sr. Retana. (*V. Estadismo*, tom. 2.º, pág. 544).

—«Los Religiosos les enseñaron también la industria de la fabricación de ladrillos, y su aplicación en el arte de edificar. Fué el primero de estos beneméritos Religiosos, el P. Francisco Laredo, agustino... Siendo Párroco de Gapán, pueblo de Nueva Écija, emprendió una obra colosal en la Iglesia, sin maestros, sin recursos, ni materiales; todo lo cual suplió la firmeza de su voluntad con los recursos de su ingenio. Se propuso hacer de ladrillo la bóveda de la iglesia, lo cual presentaba serias dificultades, invencibles para otros menos ingeniosos y menos activos... Y no obstante resultó una obra acabada, sólida como lo exigían las condiciones del país, y bien arqueada y esbelta, como si hubiera sido diseñada y dirigida por el más hábil ingeniero. ¿Cómo obró el P. Laredo este milagro? Haciendo hornos para cal y ladrillos; enseñando á los indios á cerner la cal, batir la tierra, modelar el adobe, cocerlo y asentarlos sobre las fimbrias, siendo él mismo ingeniero, maestro, inspector, albañil y peón obrero; trabajando como tal al sol, á la lluvia, á la intemperie; animando con su ejemplo, sosteniendo con su constancia á los indios que, poco habituados á trabajos tan duros y penosos, desfallecían con frecuencia.»

«Esto mismo hizo en Ilocos el P. Fr. Nicolás Baurel, agustino. Siendo Párroco de Narvacán, hizo hornos para la cal y ladrillo, instruyó á sus feligreses, y con la ayuda de éstos, construyó un puente de ladrillo sobre el río Cuyape, el cual existe todavía, y dió á conocer en Ilocos esta nueva industria.»

«El buen ejemplo de estos insignes Religiosos no tardó en ser imitado por otros compañeros... En las Visayas y particularmente en Iloilo fué donde la nueva industria tomó proporciones considerables, y adquirió como carta de naturaleza... Contribuyó al rápido desarrollo de esta industria la escasez de canteras en la Provincia. (Las mejores, por la calidad de la piedra, son las del pueblo de León, acerca de las cuales escribió hace pocos años una preciosa memoria el insigne naturalista agustiniiano P. Andrés Naves). Por este motivo los PP. agustinos Fr. Miguel Carot y Fr. Juan Ruiz dispusieron sustituir la piedra con el ladrillo para la fabricación de las Iglesias y Conventos de sus Parroquias, Janiuy y Cabatuan respectivamente; para las escuelas de ambos sexos y para otros edificios públicos y obras procomunales. Al efecto dispusieron dichos Padres la construcción de hornos para hacer cal de la piedra caliza, que abunda en los ríos Jalaud y Salog en su corriente superior: después hicieron los hornos para cocer los ladrillos; dieron á conocer á sus feligreses la tierra arcillosa como materia prima; enseñáronles á batirla, á fabricar los moldes y les proveyeron de máquinas y aparatos, todo ideado por ellos, costeado y dirigido por ellos.» (*V. Las Corporaciones Religiosas en Filipinas, por el P. Fr. Eladio Zamora, agustino*. Valladolid. 1901, pág. 388 y sigs.).

(1) Sobre este punto recomendamos la lectura de la obra del P. Zamora citada en la nota anterior, y el artículo que sobre la enseñanza contiene el libro del P. Eduardo Navarro, intitulado: *Filipinas. Estudio de algunos asuntos de actualidad*.

Aquí diremos únicamente que la primera escuela ó colegio que tuvieron los filipinos fué el convento de los Agustinos de Manila. Véase esta nota en la página siguiente.



YUN-NAN (China).—FAMILIA GNI (tribu lolota) DE LON-MEI-Y: PADRE, MADRE É HIJA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Vial, misionero apostólico.

á nuestra manera de ser, y elevándoles á un punto de cultura que sorprende á todos los viajeros europeos.» Y no obstante el trabajo ímprobo que tal transformación supone, y á pesar de la postración y apatía que produce en los europeos aquel clima, todavía encontraron los Religiosos alientos en su espíritu para escribir sobre todos los ramos del saber, las monumentales obras que todos admiran (1).

Hoy por causas que todos sabemos, se ha perdido

Copiamos de la *Historia del insigne convento de San Pablo de Manila*, escrita por nuestro biografiado el P. Castro: «En el mismo año (1571) se fundó este convento é iglesia de San Pablo, que es cabeza de esta Provincia, casa capitular de noviciado... de estudios de Gramática, Artes, Teología y Canones para indios y criollos, hasta que los Jesuitas vinieron y abrieron escuelas públicas.»

(2) Nota correspondiente á la página anterior.

No hay en Filipinas una sola carretera que no sea obra de los Misioneros. Lo mismo decimos de casi todos los puentes y alcantarillas que en dichas carreteras existen.

(3) Nota correspondiente á la página anterior.

Ya en los primeros años del siglo XVII poseían las Corporaciones religiosas imprenta en Filipinas. Los Agustinos la tenían por aquella época en Lubao, pueblo de la Pampanga.

(1) Por lo que toca á los Agustinos puede verse el *Catálogo de los escritores agustinos españoles, portugueses y americanos* que viene publicando en *La Ciudad de Dios* el P. Bonifacio Moral.

para España el fruto de tantos sudores y fatigas como costó el civilizar á los habitantes de Filipinas, y en la pérdida de aquella rica y floreciente posesión española ha ido envuelta la ruina de no pocos monumentos de todo género, levantados por los misioneros para común utilidad.

De aquellas iglesias que destacaban sus esbeltas torres por cima de las copas del cocotero y el bambú, y que en los días de gran solemnidad cobijaban bajo sus bóvedas á una multitud inmensa, que postrada ante el altar elevaba al cielo sus plegarias entre los acordes del órgano y las espirales del incienso, muchas han venido á tierra derribadas por los cañones yanquis.

Aquellas amplias escuelas donde merced á la solicitud de los Religiosos se reunían verdaderos enjambres de niños y niñas, que en su labor ruda y constante de repetir las lecciones remedaban el murmullo de una colmena, áspero como sonido musical, pero gratisimo como signo del trabajo y del progreso, se ven hoy desiertas, sin que nadie se cuide de regentarlas ni de asistir á ellas.

Aquellas hermosas carreteras afirmadas y conservadas con tanto cuidado por los párrocos regulares, por donde aflúan á los mercados los productos de la agricultura é industria, y por donde transitaba todo el mundo sin género alguno de peligro, están cubiertas de maleza porque no hay productos que trasportar por ellas, ni quien se atreva á frecuentarlas por miedo al robo y al asesinato.

Aquellos telares introducidos por los misioneros, antes siempre en movimiento, y donde se elaboraban los preciosos tejidos de seda,

piña, jusí, sinamay y cotonia, hoy están arrinconados, porque no hay quien tenga gusto para tales ocupaciones.

Y todo aquel movimiento agrícola, industrial, fabril y manufacturero, y aquella alegría franca y espontánea, y aquella paz octaviana que reinaba en el país, y aquella tranquilidad con que vivía todo el mundo, y con que todo el mundo se entregaba á sus respectivos negocios y ocupaciones, ha desaparecido, no viéndose por todas partes sino señales de luto, de destrucción y de muerte.

Ignoramos el porvenir que la Providencia tiene reservado á aquel pueblo, á quien tanto han trabajado los misioneros por hacer feliz; pero cualquiera que sea el estado definitivo en que pasados los actuales trastornos haya de quedar, y por radicales que sean los cambios que experimente en sus costumbres y modo de ser, creemos que jamás se olvidarán los indigenas de los que durante el espacio de tres siglos han dedicado todos sus esfuerzos y energías á transformarlos de tribus salvajes en pueblos civilizados.

Y si acaso llegan á ser dominados de una manera estable por los yanquis, cuando comparen la civilización que allí introdujo España, basada en el espíritu del Evangelio, en el culto al ideal, en la verdadera libertad y fraternidad, con la que lleva Norte-América, hija del positivismo, fruto de la adoración á la materia y al

vil metal, y muerte de todo sentimiento noble y benéfico, no podrán menos de dirigir su pensamiento á los tiempos pasados, evocando su recuerdo como un lenitivo de las tristezas presentes, y entonces la figura del misionero resurgirá en la imaginación del indígena, como resurgen las figuras de los seres más idolatrados y que más sacrificios han hecho por nosotros, grande, gloriosa, espléndida, circundada de un nimbo de gloria, simbolizando una época de dicha y felicidad cuya pérdida deben llorar constantemente.

Tal creemos ha de ser el juicio definitivo que el pueblo filipino ha de formar de los misioneros, comprendiendo que ellos han sido para aquel país, los heraldos de todo progreso legítimo, los portaestandartes de toda empresa noble y generosa, los iniciadores de toda idea fecunda, y los directores de todo movimiento que tendiese á elevar á aquellos pueblos al ideal de la perfección en todas sus manifestaciones.—*Irr. M. D. A.*

ASESINATO DE UNA MISION CIENTÍFICA FRANCESA

La Patrie, de París, publica la siguiente carta, fechada en Amboina, isla y ciudad principal de las Molucas (Melanesia).

Amboina, Enero 6 de 1902.—Mi querido Director:

Cuando terminado nuestro cometido nos disponíamos á regresar á Francia, nos ha sorprendido la desgracia: tengo el dolor de anunciaros el asesinato de mis más valientes amigos, el barón Villars, el Conde de Saint-Remy, Hagenbeck, de Vries y numerosos indígenas.

En el punto de la separación del territorio inglés y holandés, es donde la Misión ha sido asesinada.

El 10 de Enero, el yacht «Salvatti» había anclado en la costa inglesa, un poco adelante de Sileraka.

Destaqué una chalupa para reconocer las cercanías, cuando me advirtieron que á distancia de cerca de media milla se veía un grupo de chozas.

Partimos, y al breve rato avistamos una canoa cuyos tripulantes nos hacían señas de que nos aproximáramos.

Eran muy numerosos, el yacht ancló á una centena de metros de la costa y desembarcó parte de mi gente.

Entonces fué cuando supimos, al ver á los indígenas, que estábamos en Sileraka, ó mejor, en una tribu vecina dependiente de Sileraka. Sin embargo, aquellas chozas se encontraban en la Papuaria holandesa.

Unos veinte papus se nos acercaron dándonos pruebas de confianza y amistad, suplicándonos que claváramos nuestras tiendas entre ellos.

Nos resolvimos á pasar allí la noche, para desde primeras horas del siguiente día explorar las cercanías.

Era la una de la madrugada. Todos reposábamos tranquilos cuando de súbito nos despertó espantosa gritería, y antes de darnos cuenta de lo que pasaba nos vimos asaltados por centenares de individuos.

Los gritos de dolor llenaron el aire

Empezaba una lucha desesperada.

Entonces se vió caer á algunos de los nuestros heridos por mazos, macanas y lanzas.

El ataque fué terrible: entraron á saco, y al breve rato el pánico era general.

Muchos de los nuestros, cogidos por los salvajes, fueron atados á los árboles. Yo entré en el número.

Me asestaron un golpe de maza en la cabeza y caí desvanecido.

Al recobrar el sentido serían las cinco de la mañana: era casi de día.

Me vi rodeado de salvajes que sin duda me creían muerto y custodiaban mi cuerpo.

Ví á Villars y á mis otros compañeros en la misma situación y horriblemente mutilados.

Comprendí lo que estaba pasando.

En los momentos críticos en que me encontraba quise desembarazarme de las ataduras; pero más que por instinto por reflexión, volví á cerrar los ojos y me hice el muerto.

Esta estratagema infantil me salvó.

Villars estaba no lejos de mí tirado sobre un tronco.

Despojado de sus vestidos tenía el cráneo partido por la coronilla y los ojos fuera de las órbitas

M. de Saint-Remy, tenía cortada la cabeza.

Estaba clavada en la punta de una lanza y servía de trofeo.

M. Hagenbeck, iba ya á ser asado.

Los salvajes se aprestaron á despedazarlo tal como estaba, frente á un asador de bambú.

A M. de Vries no lo volví á ver.

Esperaba mi suerte, sin menearme, convencido de que un solo movimiento me sería funesto.

La cabeza me hacía sufrir horriblemente.

Entreabrí los ojos, pero los volví á cerrar violentamente.

Este momento me bastó para ver la tierra sembrada de cadáveres.

Oía, sin entender, las palabras de los caníbales, pero no dudaba que los salvajes la iban á emprender conmigo.

Repentinamente se escucharon vivos clamores que parecían salir del lado del río, á los cuales inmediatamente siguieron varios disparos de arma de fuego.

Abrí los ojos, y vi á de Riemer y al Dr. Forster avanzar furiosos acompañados del resto de la misión, que hacían fuego sobre los salvajes, poniéndolos en precipitada fuga.

Entonces grité: «¡A mí!»

Al mismo tiempo M. de Riemer dió un salto, y con lágrimas de alegría en los ojos, rompió en un instante las ligaduras que me retenían sujeto al tronco.

Era tal mi debilidad que después de gustar aquel momento de ventura caí extenuado en tierra.

El Dr. Forster me prodigó los cuidados necesarios, y recobrado el sentido busqué los compañeros.

Pero ya no existían.

El barón Villars y el Conde de Saint-Remy fueron enterrados, lo mismo que el cuerpo de Hagenbeck, que estaba completamente carbonizado.

Recogimos y enterramos 23 muertos y 33 heridos, de los cuales he aquí la enumeración:

Muertos: el barón Villars, el Conde de Saint-Remy, Hagenbeck, 12 hombres armados, 8 convoyeros y un marinero.

Heridos: H. Rouyer, de Riemer y 31 hombres.

Se procedió á curar á los heridos, y todos los hombres sanos hicieron oficio de enfermeros.

A pesar de nuestros esfuerzos, no se pudo encontrar de M. de Vries más que sus ropas.

Esto nos hizo suponer, después de algunas investigaciones, que había sido devorado por los antropófagos.

Los hechos se realizaron como sigue. Los numerosos salvajes que nos espiaban, salieron por la noche de sus habitaciones, hábilmente disimuladas en la tierra, y cuya entrada oculta un matorral.

Después de haberse asegurado de que todo el mundo dormía, cayeron sobre nosotros.

El centinela que velaba como de costumbre, no tuvo tiempo de dar la voz de alarma.

Dieron la señal de degüello y empezó la lucha encarnizada.

Las linternas volaron á pedazos: las tiendas fueron derribadas ó atravesadas de parte á parte.

M. de Riemer y Forster, que se habían quedado á

bordo del «Salvatti» con cerca de cincuenta hombres, nada oyeron.

Al amanecer saltaron á tierra, y viéndose atacados, tiraron contra los salvajes.

M. de Riemer resultó con una pierna atravesada de parte á parte, pero afortunadamente la flecha no estaba envenenada.

Después de hecho el proceso verbal del asesinato de la misión, proceso firmado por los testigos, nuestros queridos amigos é infortunados compañeros de viaje después de más de un año, fueron sepultados en la ribera del distrito de Torres, á poca distancia de Sileraka, en la Papuaria inglesa.—HENRI ROUYER.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE
Para las Misiones más necesitadas
 J. S., de Barcelona. 8 ptas.
Para la Obra de la Propagación de la Fe
 Francisco del Piélagó, de Santillana. 16'55 »



¡SIGÁMOSLE!

IV

EN EL GYNECEO

A PARTIR de este día fué más íntima la amistad entre Cinna y el anciano griego. Veíanse frecuentemente y comunicábanse sus ideas y esperanzas.

Sin embargo, á pesar de la experiencia de la vida y del triste decaimiento, efecto de los excesivos placeres, Cinna era joven, demasiado joven para que la vida no le brindara con nuevos atractivos.

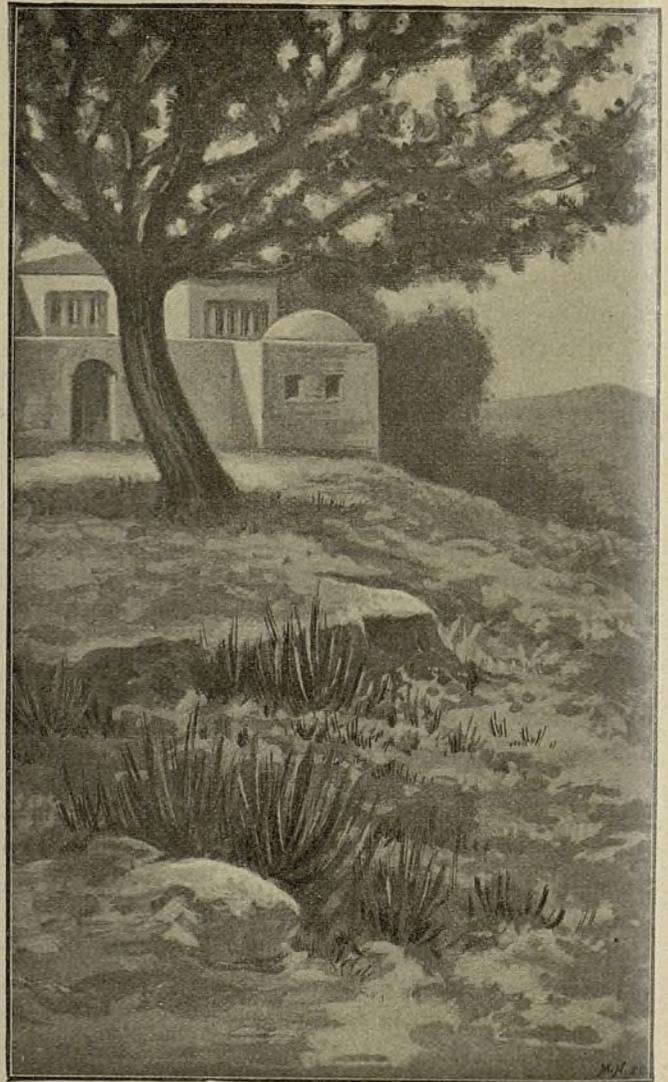
Y nuevo atractivo, nueva ilusión fué para él Anthea, la hija única de su buen amigo.

El nombre de la hija de Timón era en Alejandría tan popular como el de su padre.

Los romanos, que frecuentaban el palacio del maestro, la admiraban; y la admiraban los griegos y los filósofos del Serapeum; y rayaba casi en veneración el amor que todo el pueblo le profesaba.

Vivía en el Gyneceo; pero Timón, lejos de tenerla encerrada en él y contentarse con que se dedicara á las ocupaciones femeniles procuraba enseñar á su hija cuanto sabía.

De niña le dió, para que leyese, los autores griegos, los escritores latinos y los filósofos hebreos. Anthea, dotada de singular



CASA EN LOS ÁLREDEDORES DE JERUSALÉN

memoria y educada en Alejandría, ciudad cosmopolita, hablaba correctamente los tres idiomas.

Era la única confidente de todos los pensamientos del maestro, y varias veces en los grandes convites ó *sympose*, ella, cual otra Ariana, supo librarse y librar á los demás del confuso laberinto de los más arduos problemas filosóficos.

Era la admiración y la alegría de su padre. La rodeaba el encanto del misterio, y el de la casi divinidad: ella en inspirados sueños veía lo invisible á los ojos profanos de los demás mortales.

El sabio anciano la amaba como á sí mismo, como á su alma; y la amaba más porque le torturaba el temor de perderla, pues la joven le explicaba con frecuencia que en sueños solían aparecérselle seres monstruosos rodeados de extraña y deslumbradora luz. ¿Eran presagios de larga vida ó augurios de próxima muerte? Lo ignoraba.

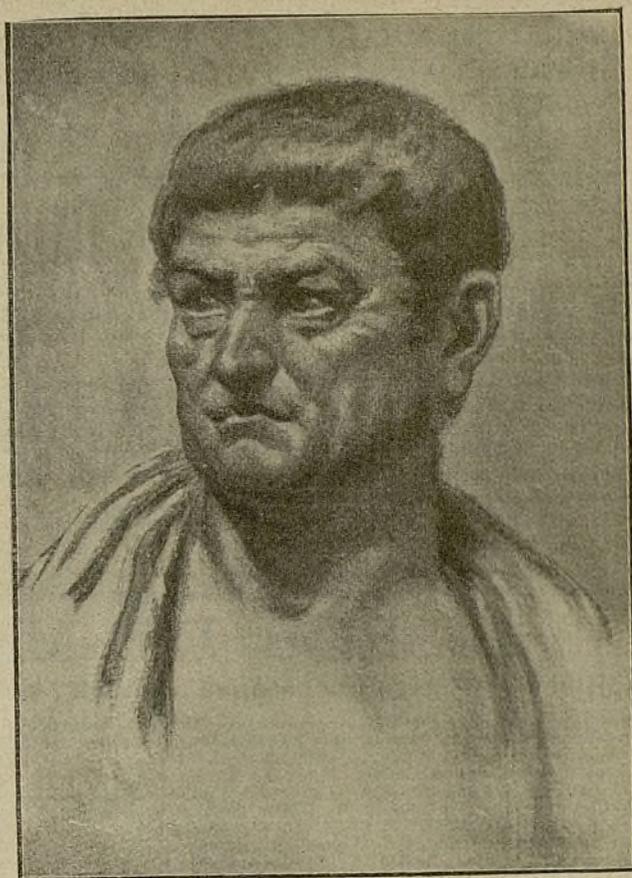
Todos la amaban: los egipcios que la veían en la casa paterna llamábanla Loto,—la flor del olvido,—quizás porque su pueblo rendía á esta flor un culto divino; quizás porque al contemplar á Anthea olvidaban cuanto hermoso admiraban en la tierra.

Que era su belleza igual á su saber. El sol de Egipto no había con su hálito ardiente ni empañado siquiera la tersa blancura de aquel rostro de hada, del que dijérase que el rosicler de la aurora palpitaba en el seno de transparente nácar. Sus ojos eran hermosos cual el azul incomparable del Nilo, y sus miradas, como las aguas del misterioso río, parecían destellos de luz salidas del ignoto, circundadas del encanto del misterio.

Cinna la vió, la oyó... y al salir del palacio del maestro soñaba en levantarle un altar en el atrio de su casa y en sacrificarle las dos más bellas palomas blancas.

En el decurso de su existencia había conocido muchas mujeres: las hijas del Norte de largas cejas rubias y hermosa cabellera, dorada como el trigo; las hijas del Mediodía; las de Numidia, de trenzas más negras que la lava de los volcanes. Pero nunca hasta entonces había visto un alma tan grande en un cuerpo tan bello. Cada vez que veía á Anthea, que escuchaba sus palabras, multiplicábase su entusiasta admiración.

Y el que no creía en los dioses llegó á du-



PONCIO PILATO

dar de que Anthea fuese hija de Timón, y á creer que, mitad mujer, mitad diosa, debía ser hija de divinidades, mujer inmortal.

Cinna la amó, y la amó con amor nuevo, invencible, inmenso. Amor diferente de cuantos hasta entonces sintiera, porque Anthea era también diferente de las demás mujeres. Si deseaba poseerla era para arrojarse á sus piés. Placer por el cual diera gustoso hasta la última gota de sangre.

Parecíale preferible ser mendigo con ella, que rey sin ella. Y cual el torbellino de la mar arrastra con fuerza irresistible cuanto se opone á su vertiginosa marcha, así el amor se enseñoreó del alma de Cinna, de su corazón, de sus días, de sus noches, de su existencia toda...

Y el amor acabó por ser dueño absoluto del alma de Anthea.

Tu felix Cinna! le decían los amigos.

Tu felix Cinna! repetíase á sí mismo.

Y el día de los esponsales, cuando los puros labios de Anthea balbucearon temblorosos la frase sacramental: *Ubi tu Cæus, ego Cæia:*—Donde estarás tu Cayo, estaré yo Caya,—imaginóse que su felicidad era como la mar, sin límites, sin fondo...

En atención al, gracias á Dios, muy crecido número de subscriptores nuevos con que cuentan este año las «Misiones Católicas,» y deseando que todos puedan tener completo el interesante trabajo del P. Girod, que vamos publicando, esta Administración ha acordado ofrecer SOLO A LOS CITADOS NUEVOS SUBSCRIPTORES el tomo de las Misiones correspondiente al año 1901 al ínfimo precio de PTAS. 6'50. Gastos de correo y certificado á cargo del demandante.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

NUEVAS ESTAMPAS PARA MAYO.

Atendiendo á la acogida lisonjera sobre toda ponderación, que obtiene la colección de estampas tamaño 14x8 impresas en papel mate superior y adornadas con filete dorado, y consecuentes en nuestro propósito de publicar nuevas estampas cada mes dedicado especialmente á determinada festividad, hoy próximo el Mes de las flores en que la Iglesia festeja de manera especial á la Santísima Virgen María, anunciamos dos preciosas estampas nuevas de la Virgen de Mayo, reproducción de piadosos cuadros pintados ex profeso y notables por el sentimiento y la dulce expresión que los anima. Acompañan dichas estampas devota oración.

Editadas ex profeso para ser distribuidas en las funciones religiosas del Mes de María.

Se venden al precio de todas las de la colección á 3 ptas. el ciento, y 25 el millar. Por correo y en paquete certificado, 25 céntos. más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

LIBROS DE MAYO

y hojitas de propaganda católica para las funciones de dicho mes.

Homenaje de filial amor á la Virgen Santísima. Poesías propias para recitarse en fiestas y actos dedicados á María, coleccionadas por un amante de la celestial Señora.—Un tomo en 4.º, 1 pseta en rústica, y 1'75 en tela.

Breve práctica del Mes de Mayo consagrado á la Madre de Dios, por D. Félix Sardá, Pbro.—A 30 cs. en rústica, y 63 en tela.

La Virgen Santísima en el Antiguo y Nuevo Testamento. Lecturas piadosas para el mes de María, por Mons. Segur.—Tres tomos en 8.º, 2'88 ptas. en rústica, y 4'25 en pasta formando dos volúmenes.

El culto de María, por D. Félix Sardá, Pbro.—8 céntos.

Imitación de María.—A 15 cs., en percalina, 50 céntos.

Mes de María de la Saleta, por el Rdo. Voisin.—En piel de color, 1'50 ptas.

El Misterio de la Inmaculada Concepción, por D. Félix Sardá.—6 céntos., y 6 ptas. ciento.

Oración á María por el P. Nicolás Zuechi.—9 céntos.

Oficio de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.—6 céntos.

Piisima devoción á María Santísima para conseguir una buena muerte.—20 céntos.

Las Maravillas de Lourdes, por Mons. Segur.—En 8.º, 75 céntos. en rústica, y 1'75 en tela.

Las tres rosas de los escogidos, ó sea la devoción al Papa, á la Virgen y al Santísimo Sacramento, por Mons. Segur.—En 8.º, 75 céntos. en rústica, y 1'75 en tela.

La semana del devoto de María que quiere asegurar su salvación.—En 16.º, 15 céntos.

Mes de Mayo dedicado á la Beatísima Virgen María, por L. N., S. J. Con licencia eclesiástica.—Un opusculo en 16.º, 5 cts. ejemplar, y 5 ptas. el ciento.

Excelencias del Ave María, por el Dr. D. Francisco Sánchez Mayorral y Marín, Pbro. Este opusculo es indispensable á todos los devotos de Nuestra Señora.—Véndese á 15 céntos. ejemplar.

Ciento cincuenta milagros de Nuestra Señora de Lourdes, coleccionados según los documentos más auténticos, por Mons. de Segur.—Dos tomos en 8.º mayor, con una finísima lámina grabada al acero, á 3 ptas. en rústica, y 4'50 en uadernado en tela.

Por cada diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, y uno si son encuadernados.

Flores de Mayo. Cada hoja contiene las 31 flores propias para distribuir en las funciones del Mes de María.—10 céntos. de pta. la hoja; 25, 2 ptas.; 50 3 ptas.; 100, 5 ptas.

Mes de María. Oraciones, meditaciones, ejemplos y flores espirituales para celebrar el mes de Mayo, por D. J. Martí y C. n.º, Pbro.—En piel, 1'50. Fuera, 1'75.

El mes de Mayo santificado, por id., con letra grande.—Un tomo en piel, 1'50 ptas. Fuera, 1'75.

Nuevo mes de María, ó sea María al corazón de sus hijos, por D. Enrique de Ossó, Pbro.—En 16.º, 1'0 pt. s. piel. Por correo, 5 cs. más.

Ramillito de flores celestiales consagradas á la Santísima Virgen María.—En piel, 1'25 ptas. Por correo, 1'50.

Mes de María de Nuestra Señora de Lourdes, por Enrique La Serra.—Un tomo en 16.º, 1 pta. en rústica, y 1'50 encuadernado en piel. Por correo, 5 céntos. más.

HOJITAS RELIGIOSAS.

Núm. 1. Recuerdos de Mayo.—N.º 7. Cosecha de Mayo.—N.º 15. El aleyua pascual.—N.º 17. La más florida guirnalda.—N.º 32. Mayo feliz.—N.º 47. La madre y los hijos.—N.º 72. La Ascensión del Señor.—N.º 74. El Mes de María.—N.º 78. Mayo para todos.—N.º 80. A María en su Asunción á los cielos.—N.º 103. Plegaria á María Inmaculada en favor de Nuestro Santísimo Padre León XIII.—N.º 104. Ovejitas de María.—Número 105. El color litúrgico de la Inmaculada.—N.º 118. Afectos de Mayo.—N.º 125. Súplers á María Inmaculada.—N.º 131. Flores... de papel.—A 1'25 ptas. el ciento de cada número, y 10 el millar.

CÁNTICOS PEL MES DE MAIG, PER MOSSÈN JACINTO VENDAGUER.

N.º 1. María al cel guia.—N.º 11. La Verge á ses filles.—N.º 12. ¡Oh María!—N.º 15. Jo só filla de Maria.—N.º 15. Yo soy hija de María traducido por F. H.—N.º 30. Veniu á Maria.—A 1 pta. ciento, y 8 psetas mil de cada hojita.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

NUEVO Y HERMOSÍSIMO OPÚSCULO. Á LA JUVENTUD CRISTIANA, PARA IR AL CIELO.

LA COMUNIÓN DE LOS NUEVE PRIMEROS VIERNES DE MES DESPUÉS DE LA PRIMERA COMUNIÓN.

Lograr que la infancia conserve el temor de Dios ha sido siempre el principal anhelo de cuantos la aman. Causa profunda tristeza al sacerdote ver al día siguiente al de la primera Comunión alejarse, quizás para siempre, aquellos niños tan amados, objeto hasta entonces de sus más tiernos cuidados y de su más viva solicitud.

¡Confíemos la niñez al Sagrado Corazón mediante la práctica de los nueve primeros viernes de mes! El sabrá guardarla y sabrá volver al redil la oveja extraviada.

Difundir tan excelente práctica tal es el fin que se propone el nuevo opusculo cuya publicación en español por su baratura se presta á una distribución sumamente fácil y económica, y de gran provecho para la perseverancia de los tiernos primeros comulgantes.

Edición económica: impresa en buen papel y elegante cubierta, 10 céntos.

Edición de lujo, adornada con artística lámina é impresa en papel superior, está en prensa y se pondrá en venta dentro breves días.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

OBRAS NUEVAS

EL RIÑÓN DE LA MONTAÑA

Hermosa novela de costumbres montañesas, original de D. Delfín Fernández González, y adornada con numerosos grabados originales de D. I. Durán.—Un tomo en 4.º mayor, 3 ptas. en rústica. Por correo en paquete certificado, 50 céntimos más.

EN PRENSA

NUEVAS ESTAMPAS

Forman parte de la hermosa colección 14x8, impresas en papel mate superior y adornadas con filete dorado.

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

Reproducción de artístico cuadro, acompaña á la estampa un breve resumen histórico de la veneranda Imagen. Precio: 3 ptas. el ciento y 25 el millar.

LA MUERTE DE SAN JOSÉ

Preciosa composición que respira la más acendrada piedad: va acompañada de devota práctica de los Dolores y Gozos de San José para hacer los Siete Domingos. Precio: 3 ptas. el ciento y 25 el millar.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona